

CERTAMEN
INTERNACIONAL
DE LITERATURA

2020

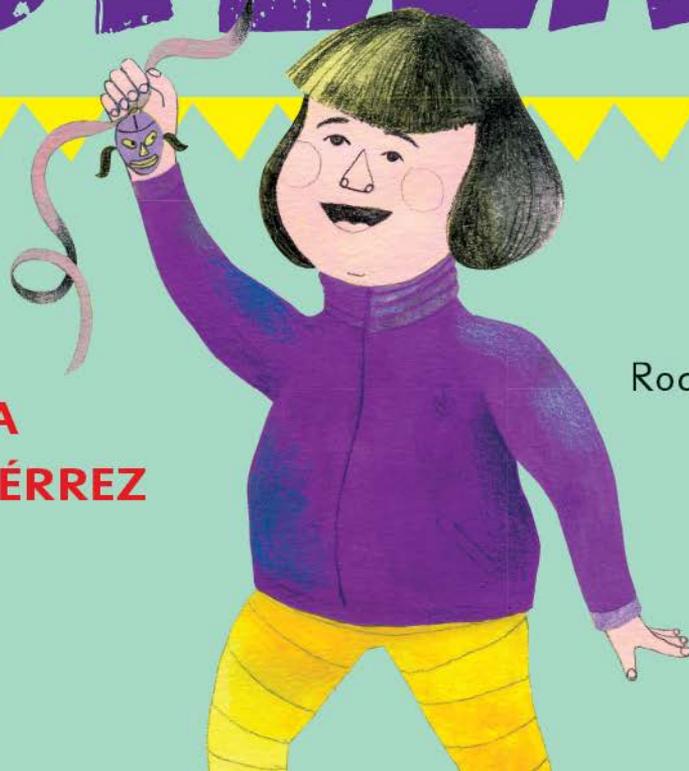
Infantil y Juvenil FOEM

GANADOR

★ VIENTO ESTELAR ★

**ANA CRISTINA
ORTEGA GUTIÉRREZ**

Ilustraciones:
Rocío Solís Cuevas





Lucharáááán

★ **VIENTO** ★
ESTELAR



a dos de tres
caídas

Ana Cristina Ortega Gutiérrez obtuvo el premio único de Cuento Infantil en el Certamen Internacional de Literatura Infantil y Juvenil FOEM, convocado por el Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, en 2020. El jurado estuvo integrado por Míriam Martínez, Beatriz Zalce y Francisco Hinojosa.

★ VIENTO ★ ESTELAR

Ana Cristina Ortega Gutiérrez

Ilustraciones: Rocío Solís Cuevas



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Marcela González Salas y Petricioli
Secretaria de Cultura y Turismo

CONSEJO EDITORIAL

Consejeros

Marcela González Salas y Petricioli, Rodrigo Jarque Lira, Gerardo Monroy Serrano, Jorge Alberto Pérez Zamudio

Comité Técnico

Félix Suárez González, Rodrigo Sánchez Arce, Laura G. Zaragoza Contreras

Secretario Ejecutivo

Alfredo Barrera Baca

Viento Estelar

© Primera edición: Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México, 2021

D. R. © Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México
Jesús Reyes Heróles núm. 302,
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Ana Cristina Ortega Gutiérrez, por el texto

© Rocío Solís Cuevas, por las ilustraciones

ISBN: 978-607-490-330-0

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 217/01/05/21

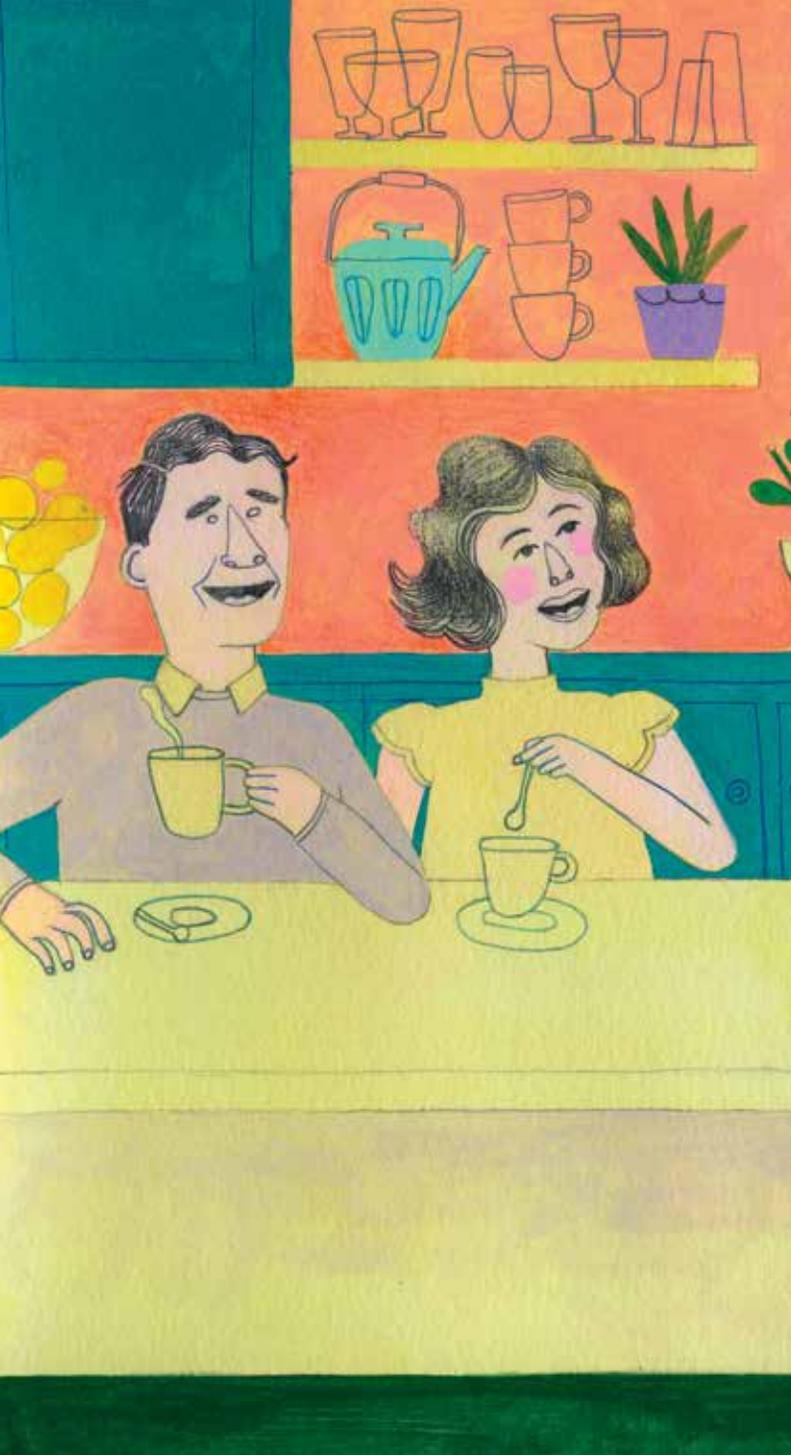
Impreso en México / *Printed in Mexico*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa de la Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

Para mis padres, con amor y agradecimiento



sin límite de
tiempooooo.



Mudanza

Todo comenzó cuando a mi papá le dieron un trabajo en la ciudad. Teníamos que mudarnos y yo iría a una escuela nueva.

Mis papás estaban muy emocionados con la idea de ir a vivir a otro lugar.

—Es una gran oportunidad, Estrella —me repetía mi mamá—. Además, te va a encantar nuestra nueva casa, es mucho más grande y bonita que ésta, y hasta tiene jardín.

Pero yo no estaba nada contenta, no quería irme y dejar de ver a mi amigo Lalo.

—No te preocupes, seguramente en la nueva escuela harás muchas amistades —me decía mi mamá intentando tranquilizarme.

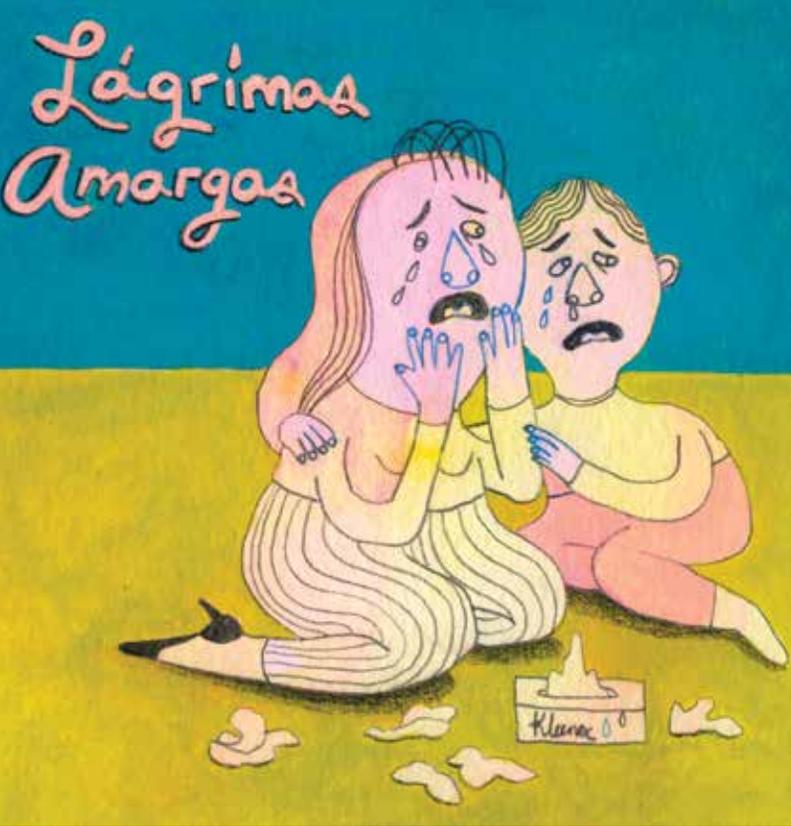
Sí, cómo no, pensaba yo, con lo fácil que es hacer amigos. De seguro, en cuanto llegue al salón de clases, todos van a hacer cola para jugar conmigo. Ya me veo siendo nombrada “señorita popularidad” desde el primer día.

La verdad es que tenía mucho miedo. Yo era bastante tímida. No me atrevía a

hablar con las personas. En toda mi vida nada más había conseguido tener un amigo: Lalo, y eso porque nos conocíamos desde el kínder. Claro que a mi papá eso no le importaba, a él únicamente le preocupaba su trabajo y ganar mucho dinero. Así que por más que rogué y supliqué que no nos mudáramos, la decisión ya estaba tomada.

Lo único que me ilusionaba del viaje era que tal vez en la ciudad podría conocer a la Amazona Chilanga, mi luchadora favorita. Yo soñaba con ser como ella y convertirme en la mejor luchadora de todos los tiempos. Había visto todas sus peleas en la tele, a escondidas, porque a mis papás no les gustaba que yo viera las luchas. Decían que esas cosas no eran para niñas. Yo debería interesarme en practicar ballet o en algo más femenino. Claro, pensaba yo, con el cuerpo de tinaquito que tengo y vestida con leotardo rosa, mallitas y tutú, voy a ser la burla de todas las flaquísimas niñas de la escuela de baile. No entendía qué tenía de malo o inapropiado que a una niña le gustaran las luchas. Yo no tenía ni la gracia para el ballet ni la fuerza para las luchas. Era





débil, gorda, lenta, torpe y, como si fuera poco, miedosa. Así que mi sueño se veía muy lejano.

Una tarde, mientras yo hacía la tarea, mi mamá estaba en la sala viendo su telenovela favorita, *Lágrimas amargas*. De repente interrumpieron la transmisión para anunciar que la Amazona Chilanga venía a San Andrés, el lugar donde yo vivía, para enfrentarse con la Vikinga Feroz, la mejor luchadora local. Iba a ser la pelea del siglo. Me puse a saltar por toda la habitación. Sentía que me iba a dar un

ataque, mi corazón estaba a punto de explotar como palomita de maíz en horno de microondas, en parte por la emoción y en parte porque no tenía nada de condición física. Me tiré al piso exhausta.

—¡Ay, Estrella! —me dijo mi mamá—, ¡mira nada más qué mal te pones! No entiendo cómo te pueden gustar las luchas. Ésas son cosas de hombres.

Iba a seguir con su regaño, pero afortunadamente reanudó su telenovela y ya no pudo decir nada porque se quedó como hipnotizada viendo la pantalla. Aprovechando que mi mamá estaba distraída, corrí para hablarle por teléfono a Lalo y contarle lo que había visto en la tele. Él también era fanático de la lucha libre y estaba tan emocionado como yo. Me dijo que hablaría en ese mismo instante con su papá para ver si podía llevarnos a la pelea. Quince minutos después me llamó para decirme que ya era un hecho, iríamos a ver a la Amazona Chilanga. Sólo tenía que convencer a mis papás para que me dejaran ir.

—De ninguna manera —dijo mi papá cuando le pedí permiso—, no puedes ir a las luchas. Ya sabes que tienes prohibidas



todas las actividades que impliquen riesgo de muerte por conglomeración o violencia, aquéllas donde se utilice lenguaje soez, que sean insalubres, de mal gusto o poco femeninas.

—Pero, papá, las luchas no son nada de eso —protesté furiosa.

—Lo siento mucho, Estrella, pero no vas a ir y punto final.

A mi papá le encantaban las reglas absurdas. Yo sabía que cuando se ponía en ese plan era imposible convencerlo. Estaba furiosa. Esto era una injusticia.

Me sentía tan enojada con mis papás, por la mudanza y ahora por lo de las luchas, que se me ocurrió escaparme. Había ideado un plan que no podía fallar: el viernes tenía que llegar a casa de Lalo a las cinco en punto para que su papá nos llevara a la arena. Afortunadamente todos los viernes, al cuarto para las cinco, mi mamá preparaba una bolsa de palomitas para luego sentarse a ver el resumen de *Lágrimas amargas*, que no tenía nada de resumen porque duraba toda la tarde y parte de la noche. Yo tenía que aprovechar los tres minutos del ruido de las palomitas explotando en el microondas para desplazarme, silenciosa como ninja, por la sala y luego deslizar mi voluminoso cuerpecito por la ventana y así lograr mi libertad.

Mi mamá no se daría cuenta de mi ausencia, pues, una vez que se sienta a ver su telenovela, no hay poder humano que la distraiga. Por mi papá tampoco tenía que preocuparme porque siempre llegaba muy tarde de trabajar. Una vez afuera de mi casa tendría que ingeniármelas para transportarme a la casa de Lalo, que no estaba muy lejos de donde yo vivía; el problema era que sólo tenía quince minutos



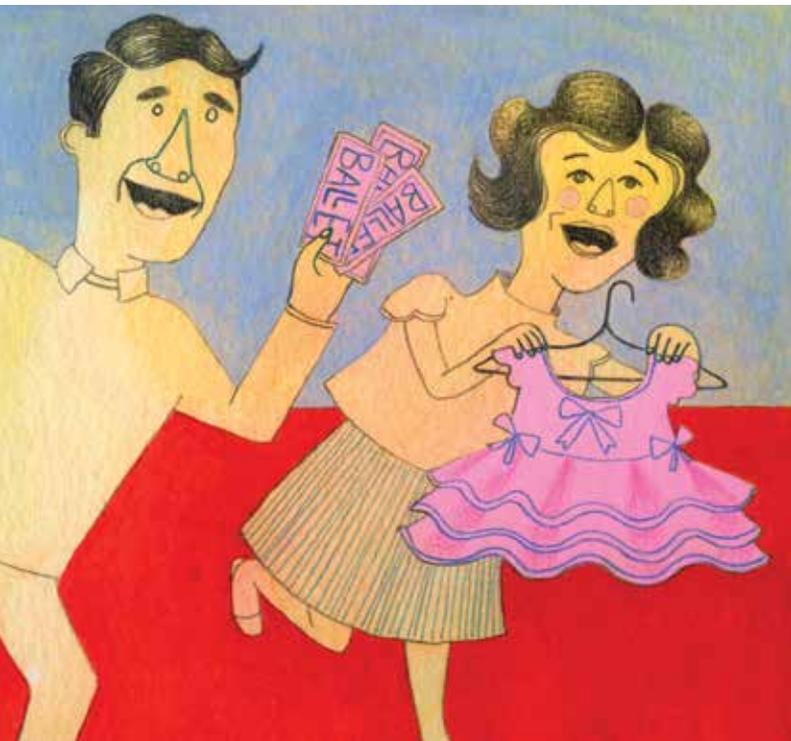
y con mi poca condición física no había manera de que llegara a tiempo.

Para mi buena suerte, a esa hora, todas las tardes, pasaba don Edelberto, en su bicicleta, vendiendo tamales. Yo lo conocía bien porque siempre le compraba. Me encantaban los verdes y los de frijol con queso, pero mis favoritos eran los de dulce. Así que una tarde antes, mientras le compraba una buena dotación de tamales y un champurrado, lo convencí de que me diera un aventón a casa de Lalo. Me costó un poco de trabajo lograr que accediera, pero finalmente aceptó, pues no se podía dar el lujo de perder a tan buena clienta.

Por fin llegó el esperado día. Estaba muy nerviosa pero decidida a ejecutar mi fantástico plan, cuando de repente llegó mi papá.

—Ya sé que has estado de muy mal humor porque no fuiste a las luchas con Lalo —me dijo muy contento—, pero estoy seguro de que con esto te vas a sentir mejor.

Y que me enseña los boletos para el ballet, la función era esa misma noche. Por increíble que parezca mi mamá se levantó del sillón de la sala y dijo:



—¡Ay, qué emoción! ¡Me encanta el ballet! Estrellita, es una oportunidad perfecta para que estrenes el vestido rosa que te compré. ¡Te vas a ver preciosa!

Y dale con el rosa, iguácala el rosa! No entiendo por qué mi mamá siempre quiere vestirme de ese color. Ya le he dicho muchas veces que el rosa me choca. Mi color favorito es el morado, ¡el morado! Y tampoco me gustan los vestidos, iguácala los vestidos! Y odio los moños, pero mi mamá no me escucha. Siempre me compra vestidos, moños y hasta calcetines rosas. Mi fantástico plan estaba completamente arruinado y no me quedó más remedio que ponerme el vestido rosa, el cual estaba lleno, por todas partes, de holanes y encajes, que hacían que me picara horrible todo el cuerpo y que pareciera piñata, e ir al ballet.

Todo el camino mis papás se la pasaron hablando de lo maravilloso que sería que yo aprendiera a bailar. De lo bonitas y ágiles que eran las bailarinas y de los sacrificios que hacían para tener esos cuerpos tan delgados. Agradecí que por fin llegáramos al teatro para no tener que explicarles

que a mí el ballet no me interesaba en lo más mínimo.

Nos chutamos *El lago de los cisnes*, bueno, me lo chuté yo, porque mi papá se quedó dormido desde que se sentó en las cómodas y acolchonadas butacas del teatro; mi mamá aguantó como media hora más, pero luego empezó a roncar como oso. Eran tan fuertes sus ronquidos que distrajo a uno de los bailarines. El pobre se asustó tanto que se fue a estampar contra un árbol de la escenografía, lo tiró y casi le cae encima a la primera bailarina. Para librarse de morir aplastada, tuvo que hacer una pirueta y luego cayó de pompas



en el lago artificial que había en medio del escenario. Al caer, salpicó a todo el público que estaba sentado en la primera fila. Los demás espectadores reían a carcajadas.

Yo sentía que todos nos miraban. Estaba roja de vergüenza. Nunca había deseado tanto estar en otro lugar. No podía dejar de pensar que estaba aquí haciendo el ridículo en vez de estar viendo la pelea del siglo.

A pesar del incidente, la función continuó. Mis papás despertaron justo a la hora del trágico final. Odette, transformada en cisne, va a morir al lago al sentirse traicionada por su amado Sigfrido. Él corre tras ella para explicarle que todo fue una terrible confusión. Ambos mueren y tan tan. Mi mamá lloró desconsolada y mi papá aplaudió de pie. Debo confesar que yo también lloré, pero no por Odette y Sigfrido, sino por no haber podido ir a las luchas.

De regreso mis papás se la pasaron hablando de lo bonito que había estado el espectáculo y del triste final. Francamente no sé de qué rayos estaban hablando si se durmieron toda la función.

Al día siguiente Lalo me contó lo que había sucedido en la pelea:

—Mi papá consiguió los mejores lugares, Estrella. Estábamos hasta adelante. Cuando la Amazona Chilanga hizo su espectacular entrada, se acercó a mí y me dio la mano. Desde entonces no me la he lavado.

¡No lo podía creer! ¡Lalo había tocado a mi heroína!

—La pelea estuvo espectacular. La Vikinga Feroz intentó todo para vencer a la Amazona, pero no pudo con ella. La Amazona se defendió. Hubo llaves, proyecciones, saltos, giros y acrobacias.

Lalo se subió a una de las mesas de la cafetería, se quitó el suéter y comenzó a arañarlo, morderlo, arrastrarlo, golpearlo, patearlo y retorcerlo, como si éste fuera la Vikinga Feroz y él la Amazona Chilanga en plena pelea. Tanto Lalo como el suéter cayeron desfallecidos sobre la mesa.

—Estuvo increíble, Estrella. Cómo me hubiera gustado que estuvieras ahí.

Mientras Lalo se recuperaba tendido sobre la mesa, yo le conté mi experiencia en el ballet. También actué un poco y nos reímos mucho de todo lo que había pasado.



Finalmente tuve que conformarme con sostener cerca de mi corazón, todo el día, la mano de Lalo que había tocado a la Amazona Chilanga y con unos *posters* que me regaló y que escondí debajo de la cama para que mi mamá no los descubriera.

Por aquellos días la casa se volvió un caos porque mis papás ya habían empezado a empacar, y todo indicaba que no había vuelta atrás con lo de la mudanza. Lalo siempre trataban de animarme.

—No te preocupes —me decía cuando yo me quejaba amargamente de mi destino—, nos podemos comunicar por Face.

—Pero si ni tenemos Face, nuestros papás no nos dejan.

—Bueno, pues buscamos la manera de abrir una cuenta sin que ellos se enteren. O hablamos por teléfono, como en la antigüedad. Además, piensa que allá puedes ir a la arena Hurraca-Rana, donde pelea la poderosa, única e inigualable Amazona Chilanga —me decía Lalo mientras trataba de imitar la voz del conductor de las luchas de la tele.

—Sí, claro —le contestaba yo, no muy convencida.

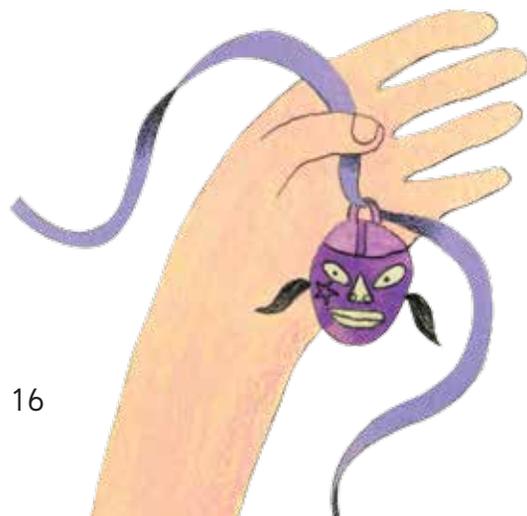
Finalmente llegó el tan temido día de la mudanza. Lalo fue a despedirme.

—Por favor, Estrella, no te olvides de mí —me dijo mientras me entregaba una bolsita morada.

—Nunca, Lalo —le contesté mientras le daba un abrazo de despedida.

Con lágrimas en los ojos me despedí de mi casa, mi escuela y mi mejor amigo, para empezar una nueva vida en la ciudad, con la única esperanza de conocer a la Amazona Chilanga.

En el camino abrí el regalo que Lalo me había dado. Era un dije con la forma de una máscara de luchadora. De inmediato me lo puse, esperando que me trajera buena suerte. Sí que la iba a necesitar. Ni me imaginaba por todo lo que pasaría en los próximos meses.



Los Zopilotes

La ciudad era enorme, y me asustaba el ruido y la velocidad con la que todos se movían. Me sorprendí cuando llegamos a la nueva casa, no era lo que yo esperaba. Efectivamente, era grande y con jardín, pero estaba vieja y descuidada; las paredes lucían despintadas, los techos tenían goteras, las escaleras crujían horriblemente, las puertas rechinaban, los pisos de madera tenían agujeros y había polvo y mugre por todas partes.

—¿En serio vamos a vivir aquí? Parece casa embrujada —le dije enojada a mi mamá.

—No te quejes, Estrella, la casa es antigua, pero bonita; sólo necesita de algunos arreglos, verás que, cuando termine de decorarla, va a quedar como un palacio.

De malas, acomodé mis cosas en uno de los cuartos, esperando que no me saliera la mano peluda del armario.

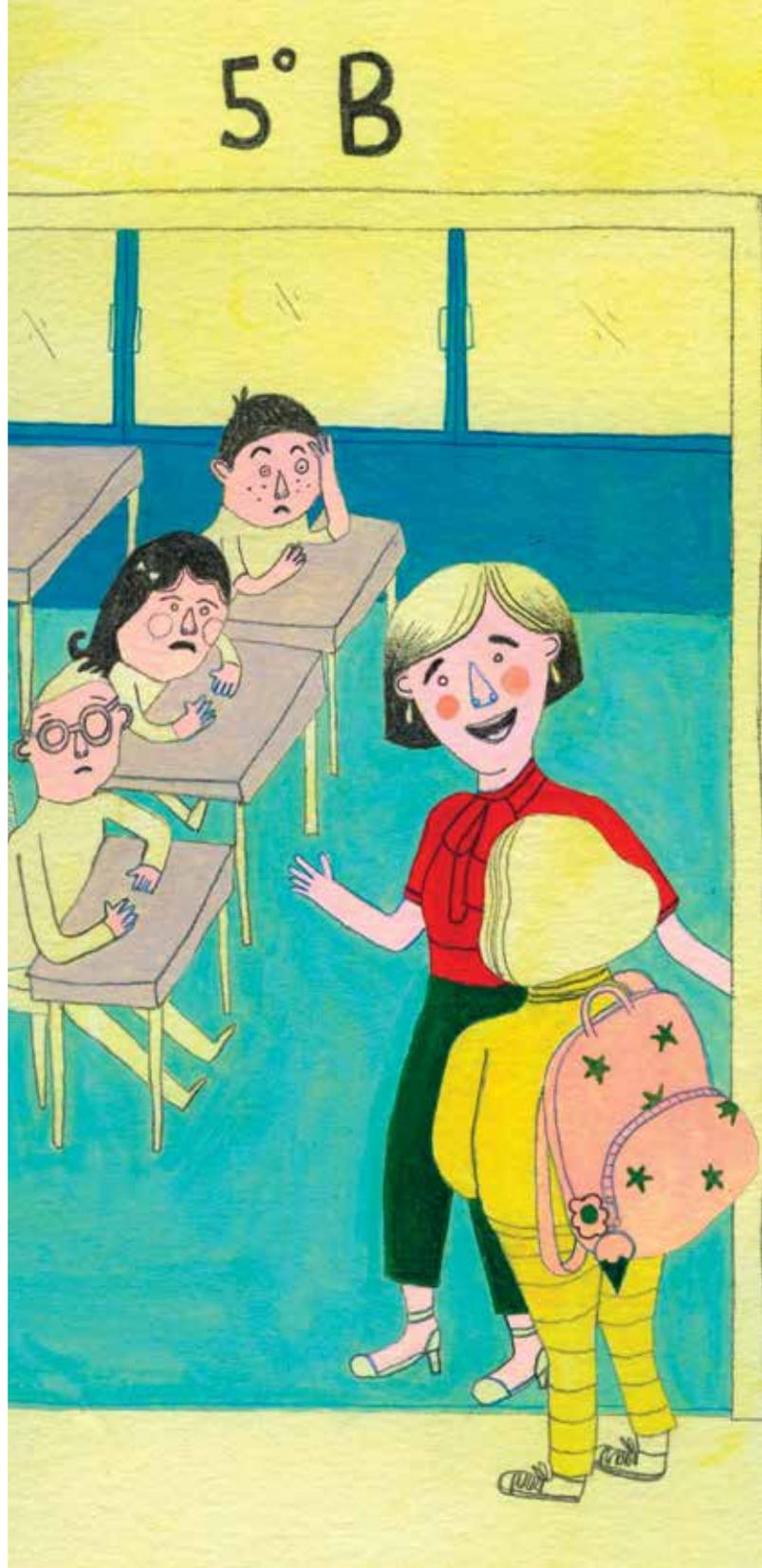
Mi papá se dedicó a trabajar y mi mamá se ocupó arreglando los desperfectos de su “palacio”, haciendo nuevas amigas

y, desde luego, viendo *Lágrimas amargas*, como de costumbre. No me hacían mucho caso, cosa que no era rara. Yo esperaba con inquietud mi primer día de clases. Mis papás lograron que me admitieran en la escuela a pesar de que ya era más de la mitad del ciclo escolar. Cuando llegué, la directora, la señora Borbolla, me recibió amablemente:

—¡Bienvenida, Estrella! Me da mucho gusto que estés aquí. Tu salón es el 5.º B. La señorita Becerra será tu maestra; ya te está esperando. Espero que disfrutes mucho tus clases.

Me temblaban las piernas, me bailaba un ojo, me castañeaban los dientes y sentía que se me salía el corazón del pecho. Para tranquilizarme toqué el dije que Lalo me había regalado y me sentí un poco mejor.

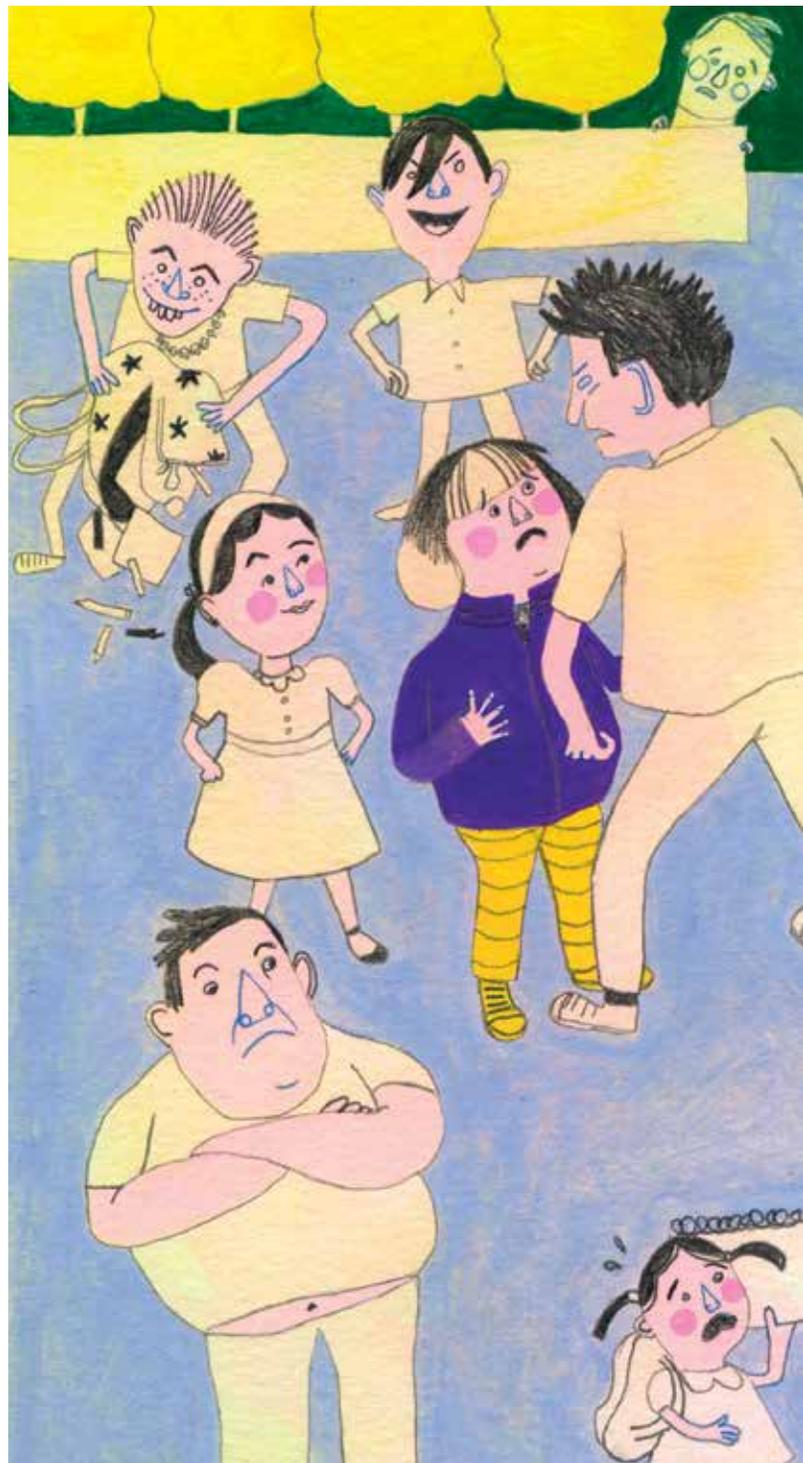
Cuando entré al salón todos me miraban como bicho raro, nadie me habló. Pronto me di cuenta de cómo funcionaban las cosas. Había una pandilla de cinco niños que se hacían llamar los Zopilotes. Ellos se encargaban de humillar, controlar y robar a todos los alumnos. Nadie se atrevía a delatarlos o retarlos, pues estábamos demasiado asustados.



El líder era Paco Cabello, un enorme bravucón al que llamaban el Jefe. Era tan fuerte que podía apilar a tres o cuatro niños, sostenerlos con una sola mano y luego hacer malabares en el aire con ellos. Él se encargaba de coordinar todos los movimientos de los Zopilotes. Su mano derecha era Vanesita Godoy, una pequeña niñita, flaquita y de rostro angelical, que era aplicada y usaba toda su creatividad e ingenio para inventar los más terribles y humillantes apodos. Manolito Balbuena, el Dientes, era alto y pálido, llevaba siempre un collar hecho con los dientes que les había tumbado a otros niños. Estaba también el Panzón Fonseca, que se entretenía haciendo rebotar a sus víctimas en su enorme panza. Finalmente, el Apestoso Ramírez, quien levantaba el brazo y te obligaba a oler su sobaco hasta vomitar. Era horrible.

A mí me hubiera gustado ser como la Amazona Chilanga, para poder defenderme, pero ella era alta, ágil, fuerte, y yo todo lo contrario: gorda, chaparra, fofa, torpe y debilucha.

Desde el principio fui presa fácil de los Zopilotes: era la niña nueva, no tenía



amigos ni nadie que pudiera ayudarme. Estaba realmente asustada. Primero Vanesita se encargó de ponerme apodos: la Gordis, Mantecosa, Puerquita, etcétera. Era horrible escuchar sus burlas todo el día.

Después las cosas se pusieron peor. En cuanto llegaba a la escuela, notaba que me estaban esperando para robarme el *lunch*. Un día se me olvidó llevarlo. Mientras el Apestoso y el Dientes me acorralaban, el Jefe me preguntó:

—A ver, Pokebola, ¿qué nos trajiste hoy para desayunar?

—No traje nada, se me olvidó —contesté aterrada.

—Eso no está nada bien, Gordis, más te vale no estar escondiéndonos nada —me dijo el Apestoso con voz amenazadora.

—Para mí que la gordita no nos quiere dar su sándwich, se lo quiere comer ella sola, por eso está tan gorda, por tragona —dijo Vanesita burlándose.

—Mejor le revisamos la mochila —dijo el Dientes mientras tiraba todas mis cosas en el piso.

—No trae ni comida ni dinero —gruñó el Panzón.

—¡Ahora sí estás en problemas, Puerquita! Te ganaste una zopifiesta —dijo, riéndose, Vanesita.

Los demás comenzaron a gritar:

—¡Zopifiesta! ¡Zopifiesta!

Seguían gritando mientras me daban zapes y pellizcos. El Panzón me tomó de las muñecas mientras los demás saltaban sobre mis cosas. Cuando terminaron de destruir todo, el Jefe se acercó y me arrancó el dije que Lalo me había regalado. Traté de defenderme, pero no pude hacer nada. El Jefe me lanzó contra la pared y caí al piso. Luego me amenazó:

—Si dices algo, te va a ir mil veces peor, gorda, así que calladita. Y, de hoy en adelante, no se te olvide traer sándwiches para todos, ¿entendido?

—Sí —dije con la voz quebrada y tratando de contener las lágrimas, ya me habían humillado bastante, no quería darles ese gusto.

En cuanto se fueron, me hiqué a recoger mis cosas y no pude evitar llorar. Lo que más me dolía era que me hubieran robado mi dije.

La situación era terrible. Tenía que hacer algo. Pensé que si hacía amistad con

otros niños entre todos podríamos defendernos, pero yo no era buena haciendo amigos y los Zopilotes les tenían prohibido a los demás hablar conmigo, nadie me hacía caso. Era como si yo fuera invisible.

Me hubiera gustado contarles a mis papás lo que me estaba sucediendo, pero me daba mucho miedo que mi papá fuera a hacer un escándalo a la escuela y que los Zopilotes me golpearan por chismosa. Cuando hablaba por teléfono con Lalo, tampoco me atrevía a desahogarme porque me sentía avergonzada por lo que me estaba pasando y porque había permitido que me quitaran el dije que él me había regalado. Además, desde tan lejos, él no podía hacer nada para ayudarme. Estaba sola y desesperada.



Una desagradable sorpresa

Tenía pesadillas todas las noches. Soñaba una y otra vez que los Zopilotes me perseguían y yo no podía correr, era como si estuviera atrapada en un pantano. El Jefe siempre me alcanzaba y me golpeaba. En la escuela, odiaba verlo todos los días con mi dije en el cuello. Se lo ponía para molestarme. No podía concentrarme en nada. Estaba triste, nerviosa y de mal humor todo el tiempo. Para colmo mis calificaciones eran pésimas.

Mis papás empezaron a notar que algo malo me estaba sucediendo, pero creían que era por el cambio de escuela y porque extrañaba a Lalo. Para animarme un poco, a mi papá se le ocurrió que fuéramos de paseo al centro comercial. No tenía ni idea de lo que yo estaba pasando y era obvio que eso no me iba a hacer sentir mejor. Pero, como me prometieron que después iríamos a comer pizza, acepté resignada.

La visita al centro comercial fue cansada y aburrida. Después de ir de tienda en tienda, de un probador a otro, durante

horas, por fin terminamos en la pizzería. Estaba disfrutando de mi deliciosa pizza de frijol con salchicha y pepperoni cuando de repente que veo al Jefe. Casi me atraganto del susto. Al principio pensé que estaba alucinando, pero no. Desgraciadamente el Jefe estaba comiendo en el mismo restaurante con sus papás.

Me sorprendió ver que su papá era enorme, tres veces más grande que el Jefe. Era musculoso como un gorila. Parecía enojado porque daba manotazos y hacía unos gestos muy feos. El Jefe y su mamá se veían asustados y cada vez que el hombre movía las manos ellos se hacían más chiquitos. Con terror vi que se levantaban. Habían acabado de comer y tenían que pasar por donde yo estaba para salir del lugar. Como un resorte me levanté de la mesa y dije que necesitaba ir al baño. Alcancé a oír a mi mamá gritar:

—¡Ay, Estrella! ¡Te dije que no comieras tanta pizza! ¡Ya te dio chorrillo!

Me cubrí la cara con un pedazo de pizza y logré escaparme sin que el Jefe me viera. Estaba haciendo tiempo encerrada en el baño cuando empecé a oír gritos que venían del estacionamiento. Me asomé por

la pequeña ventana del baño y pude ver que el que gritaba era el papá del Jefe. Estaba haciendo un escándalo horrible. Le decía cosas espantosas a su esposa. El Jefe trató de defender a su mamá, pero su papá era mucho más grande y fuerte. Lo aventó contra el carro y lo golpeó. Después les gritó que se subieran de inmediato al coche. Lo obedecieron. Desde mi escondite vi como el coche se alejaba a toda velocidad.

Regresé a la mesa muy sorprendida por lo que había visto. Estaba claro que el papá del Jefe era igual de agresivo que él. ¿Sería que el Jefe se portaba tan mal conmigo para desquitarse? ¿O sólo seguía el ejemplo de su papá de abusar de los que eran más débiles? Sentí un poco de pena por el Jefe. Sólo poquita, porque me caía muy gordo. Como fuera, yo no tenía la culpa de lo que le pasaba y no merecía que me tratara así. Me pasó por la cabeza utilizar lo que vi para de alguna forma defenderme de los Zopilotes y recuperar mi dije. Pero rápidamente cambié de idea, por temor a una venganza. Seguí comiendo. Con el susto me había dado más hambre.

El campamento del terror

Si los días en la escuela ya eran una tortura, no me imaginaba lo que sería estar todo un fin de semana de campamento con los Zopilotes. Traté de convencer a mis papás para que no me dejaran ir, pero ellos estaban felices con el viaje porque pensaban aprovechar mi ausencia para irse de fin de semana romántico a Cuernavaca.

La mañana antes de irme, me pinté ojeras con las sombras para los ojos de mi mamá y fingí que tenía un horrible dolor de panza. Desafortunadamente no me creyeron. No me quedó más remedio que irme de campamento.

El viaje en el autobús fue un infierno, sobre todo porque el Apestoso llevaba un sándwich de atún con huevo que, mezclado con el olor de su sobaco, era un arma mortal. El Panzón fingió sentirse mareado para tener distraída a la señora Borbolla y a la señorita Becerra mientras que el Jefe y el Dientes se turnaban para recorrer el pasillo, dándonos zapes a todos. Por

su parte, Vanesita, con su genio maligno, inventaba, en diferentes ritmos, cantaletas burlonas para todos los niños.

Finalmente, llegamos al campamento. Los Zopilotes se bajaron de inmediato, excepto el Panzón que durante un buen rato se quedó en el pasillo obstruyéndonos el paso. Cuando por fin me pude bajar me di cuenta de que mi maleta había desaparecido. La busqué por todas partes, pero no la encontré. Sabía que habían sido ellos, pero no podía decir nada, les tenía miedo. Esa noche tuve que dormir con la ropa que llevaba puesta. A la mañana siguiente mi maleta apareció en la puerta de mi dormitorio, cuando la abrí descubrí que todas mis cosas estaban llenas de lodo. No pude evitar llorar, pero esta vez mis lágrimas no eran de tristeza, estaba furiosa.

Por supuesto que yo no era la única que sufría por culpa de los Zopilotes, que habían decidido aprovechar el fin de semana para hacernos bromas pesadas, siempre cuidándose de que las maestras no los descubrieran. Echaron sal a la leche y nadie pudo desayunar, a un niño le pusieron arañas en los calcetines, a otro le cambiaron el champú por lodo y a mi

compañera de dormitorio le dejaron un sapo en la cama.

Fue un día largo, muy largo. Durante la noche la señorita Becerra nos reunió en un círculo para que, a la luz de la luna, contáramos leyendas de terror. La Llorona, el Chupacabras, hombres lobo, vampiros, brujas, fantasmas y monstruos fueron los protagonistas de las historias. Hubo vómito, mocos, sangre y muchos muertos, pero nada de eso me asustaba. Entonces pasó por mi mente una historia verdaderamente terrorífica. Ya sé que no debí de hacerlo, no sé en qué estaba pensando, tal vez creí que los podría asustar para que dejaran de molestarme, quizá sólo quería desquitarme porque estaba muy enojada y harta de tantas humillaciones. La verdad es que no sé por qué lo hice, pero cuando la señorita Becerra preguntó si alguien más tenía algo que contar, levanté la mano.

Todos estaban sorprendidos, pues yo nunca participaba. La maestra muy emocionada me dijo:

—Qué bien, Estrella, pasa al centro y cuéntanos tu historia.

No sé cómo tuve el valor de levantarme, las piernas me temblaban y no me

salía la voz. Los Zopilotes comenzaron a reírse.

—Silencio, niños —gritó la señorita Becerra—, dejen hablar a su compañera.

Todos se callaron. Al principio me sentí avergonzada, pero luego me imaginé que era una luchadora y que estaba frente al público. Decidí prender mi lámpara y ponerla debajo de mi cara para darle un toque teatral al asunto. Comencé a hablar con voz misteriosa y ronca:

—Ésta es la horripilante leyenda de la sombra del campamento. Se cuenta que hace algunos años un grupo de estudiantes llegaron a este lugar. Entre ellos había



un grupito de cinco niños que se hacían llamar los... Buitres. Se dedicaban a molestar a sus compañeros y todos estaban hartos de ellos. En especial una niña llamada, llamada... Estela, que estaba cansada de tantas humillaciones. Esa tarde los Buitres le habían escondido sus cosas, después de buscar durante horas las encontró llenas de lodo.

»Estela se había enojado muchas veces; sin embargo, ahora estaba furiosa, lo que sentía era incontrolable y monstruoso, trató de tranquilizarse, pero no pudo, la ira en lugar de irse apagando cada vez se encendía más y más. Fue entonces cuando sintió que algo en ella se rompía; para ser más exacta, algo se desprendió. El dolor era espantoso, insoportable y la pobre niña cayó desmayada.

»Cuando despertó no supo cuánto tiempo había pasado; seguro no fue mucho, porque nadie se preocupó por su ausencia. No tenía idea de qué era lo que le había sucedido, pero aparentemente estaba bien, incluso se sentía más ligera que antes. Regresó a su cuarto, estaba muy cansada y se quedó dormida de inmediato.



»A media noche la despertó la sensación de ser observada. Ahí, junto a ella, estaba una sombra vigilándola. De inmediato se dio cuenta de que tenía su misma figura curvilínea, sólo que era oscura, plana como calcomanía y se veía enojada. Ahora comprendía lo que le había sucedido: su sombra se había desprendido de ella.

»Sintió un inmenso dolor en el pecho y mucho miedo. Su sombra se levantó, era fría y aterradora. Estela se dio cuenta de que tenía un cuchillo en la mano y supo

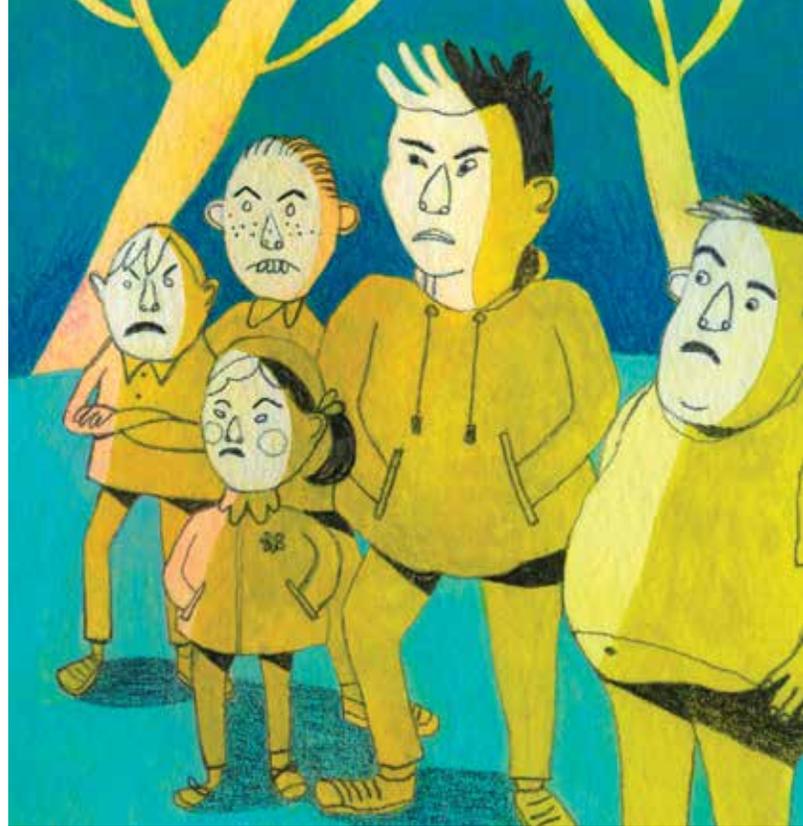
lo que la sombra quería hacer. Trató de gritar para impedirlo, pero la sombra le cubrió la boca y la golpeó en la cabeza, dejándola inconsciente.

»A la mañana siguiente, Estela despertó pensando que todo había sido una horrible pesadilla, fue a desayunar y se enteró de que los Buitres habían desaparecido. Unos días después, en el bosque, encontraron sus restos: una cabeza por aquí, una mano por acá, una pierna por allá y sangre, mucha sangre, por todos lados. Nadie supo lo que les pasó, pero desde entonces se rumora que en este campamento hay una sombra, enfurecida y sedienta de venganza, escondida entre los árboles y lista para...

En ese momento la señorita Becerra me interrumpió:

—Estrella, gracias por esa historia, pero creo que ya es muy tarde, así que vámonos a dormir.

Apagué mi lámpara y pude ver cómo todos me observaban, en sus ojos había admiración. Y es que, por primera vez, aunque de manera indirecta, alguien hizo algo en contra de los Zopilotes. Sentí esperanza, pensé que después de esto las



cosas podían cambiar, que haría algún amigo o por lo menos un aliado.

Pero estaba muy equivocada. Giré y me topé con la mirada de los Zopilotes. Nunca había sentido tanto odio. Era claro que habían interpretado mi historia como un desafío. Vi como el Jefe me amenazaba pasando el dedo índice sobre su cuello. Sabía lo que eso significaba. Pero no podía parar, ya había llegado muy lejos como para rendirme ahora. Tenía un plan.

Esperé a que todos estuvieran dormidos y sin que nadie se diera cuenta, de puntitas,

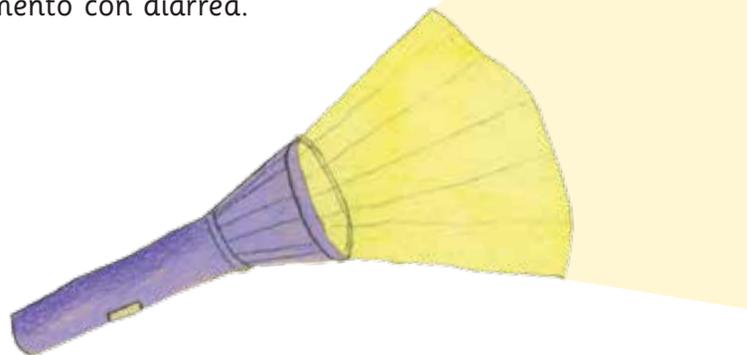
salí de mi dormitorio. Hacía mucho frío y todo estaba muy oscuro, lo bueno es que llevaba una lámpara. Tenía un poco de miedo, no a los fantasmas y esas cosas, sino a que alguien me descubriera. Fui a la cocina, necesitaba un cuchillo grande, me tardé mucho en encontrarlo, pero lo logré. Luego me dirigí al dormitorio donde estaban el Jefe, el Dientes, el Panzón y el Apestoso. Muchas veces había jugado al teatro de sombras con Lalo, así que confiaba en que, con la ayuda de la lámpara, iba a poder proyectar mi sombra en la cortina blanca de su ventana. Con mucho cuidado puse la lámpara en el piso y luego me coloqué frente a ella tomando el cuchillo de manera amenazante, como en las películas de terror. Mi sombra era enorme y se proyectó tal como lo había pensado. Arañé la ventana para despertarlos y, con una voz muy ronca, horripilante, como de fantasma, grité:

—Vengo por ustedes, es tiempo de que paguen por todos sus crímenes.

Alcancé a oír gritos, así que corrí a toda velocidad a mi dormitorio. Desde ahí escuché el alboroto que se armó. Varios niños se levantaron y fueron a despertar

a la señora Borbolla y a la señorita Becerra. Afortunadamente, mi plan funcionó y nadie se dio cuenta de que yo había sido la terrorífica sombra que se les apareció a los Zopilotes.

Esa noche no pude dormir pensando en lo que había hecho, me sentía muy emocionada, aunque también algo asustada. Y no fui la única que no durmió. Al parecer mi visita dejó impresionados a los Zopilotes, pues a la mañana siguiente me enteré de que Vanesita había sufrido una crisis nerviosa a mitad de la noche, cuando sus amigos le contaron lo de la sombra, y tuvo que dormir en el cuarto de la maestra. El Panzón se orinó en la cama, el Dientes y el Apestoso gritaron y lloraron mientras dormían. Seguro tuvieron pesadillas. Y el Jefe pasó toda la noche en la enfermería del campamento con diarrea.



Una retirada a tiempo

Después del campamento, los Zopilotes se portaron bien durante una semana; no robaron ni golpearon a nadie, ni siquiera hubo burlas o apodos. Aparentemente todavía estaban asustados por lo que había pasado y no se atrevían a molestarnos. Pero yo no estaba tranquila, al contrario, esa calma me daba más miedo, sabía que tarde o temprano se les pasaría el susto e intentarían vengarse de mí. Finalmente, sucedió lo que tanto temía.

Algunas veces yo regresaba caminando a mi casa porque vivía muy cerca, a tres cuadras de la escuela. Los Zopilotes lo sabían, me habían visto irme sola muchas veces. Esa tarde mi mamá no fue por mí; los Zopilotes se dieron cuenta y con terror noté que me seguían. ¡Era como en mis pesadillas! Aceleré el paso tratando de escapar de ellos. Tuve un miedo espantoso cuando el Jefe me gritó:

—¿A dónde vas con tanta prisa, Gordis? No te vayas, queremos platicar contigo.

Yo sabía bien que no querían hablar,

seguramente me golpearían. No podía enfrentarlos, eran muchos y más fuertes que yo, así que lo único que podía hacer era correr con la esperanza de llegar a mi casa.

Corrí lo más rápido que pude, ya estaba muy cerca de llegar cuando los perdí de vista, ingenuamente pensé que se habían arrepentido y me dejaban ir; de repente aparecieron frente a mí cerrándome el paso, habían tomado un atajo. Sin pensarlo cambié de dirección y seguí corriendo, no sabía a dónde iba. Estaba desesperada, sólo quería perderlos. Me pareció que pasó una eternidad, ellos estaban muy cerca y yo ya no podía más, estaba agotada.

Sin darme cuenta me alejé mucho de la escuela y de mi casa, estaba perdida. De pronto vi un mercado y decidí entrar para esconderme. Había un puesto de comida con algunas mesas y un gran letrero que decía “Caldos doña Ñañaara”. Estaba vacío, entré y me metí debajo de una mesa. No era un gran escondite, de seguro pronto me encontrarían, pero no podía correr más, tenía que descansar. Los vi entrar al mercado detrás de mí y detenerse a unos metros de donde yo estaba. Pude escuchar lo que el Jefe les decía:

—No pudo ir lejos, tiene que estar por aquí.

—Cuando la encontremos la voy a dejar chimuela —dijo el Dientes furioso.

Con terror los vi caminar hacia mí, no me habían visto todavía, pero estaba segura de que pronto me descubrirían, temblando me hice bolita y me preparé para lo peor cuando, como por arte de magia, cayó un mantel sobre la mesa, que me cubrió por completo.

—No pudo desaparecer, sigan buscando —gritó furioso el Jefe.

Iban de un lado al otro manoteando, no estaba segura en aquel lugar, en cualquier momento se les ocurriría buscar debajo de la mesa. Como si me hubiera leído la mente, el Apestoso se acercó y cuando estaba a punto de levantar el mantel y descubrirme, apareció un perro que comenzó a gruñirle. El Apestoso dio un paso atrás asustado.

—¿A poco te da miedo ese perrucho callejero? —le dijo el Jefe con tono burión—, sácate, perro mugroso —y trató de darle una patada.

El animal enfurecido se les echó encima, los cinco salieron corriendo. Desde mi

escondite pude ver cómo el perro los persiguió hasta la calle. Me quedé un buen rato escondida, con el temor de que fueran a regresar, pero aparentemente se habían ido.

Poco a poco empecé a escuchar más ruido a mi alrededor. Eran los clientes que llegaban a comer. Pensé que ya era seguro salir, pero cuando me asomé me di cuenta de que el perro que había espantado a los Zopilotes estaba echado junto a la mesa. Aunque no era muy grande, me daba mucho miedo, parecía de mal carácter. Definitivamente no me podía mover. Entonces escuché a alguien decir:

—Pancraccio, muévete de ahí, no dejas salir a la niña; además, la estás asustando, no le vaya a dar el patatús.

El perro pareció entender, porque de inmediato se alejó. Apareció una viejita que levantó el mantel y me dijo:

—¿Vienes a comer un rico caldito de doña Ñañaara?

La mujer era muy chaparrita, jorobada, con cejas muy peludas, un poco de barba y estaba bastante despeinada. Llevaba unos mallones atigrados y un delantal naranja con su foto, promocionando su local de caldos.



CAL
Doña

Chilanga
Chilanga

Leona
Rodríguez

Chile
Doña



Me limpié las lágrimas con la manga del suéter, pues no quería que me viera llorar.

—No, muchas gracias, señora —le contesté mientras salía de mi escondite.

—Espera, chamacona, no te vayas, te ves achicopalada, será mejor que te quedes y comas algo, mira que las penas con pan son menos. Mis caldos son muy especiales, verás que no hay nada que no pueda solucionar un rico caldito de doña Ñaña, siéntate, hija, siéntate.

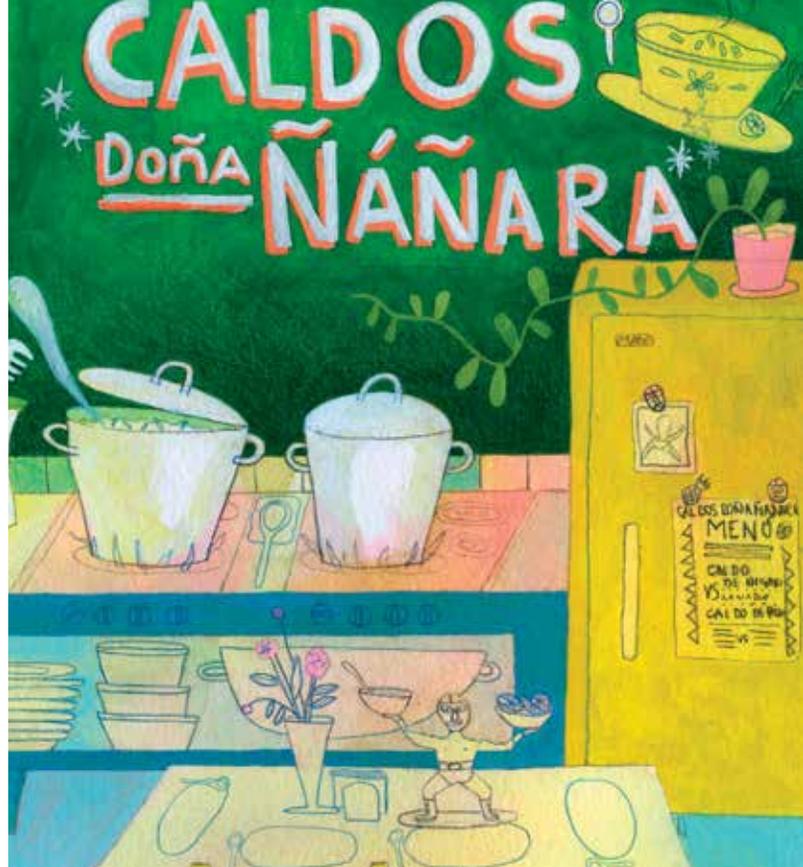
Luego le gritó a una jovencita que estaba atendiendo otras mesas:

—Rubí, tráele un caldito “especial” a esta niña.

—Se lo agradezco, señora, pero no tengo dinero —le dije apenada.

—No te preocupes —me contestó la extraña mujer—, hoy te invito yo, y no te hagas de la boca chiquita, no vas a despreciar a una pobre ancianita, ¿verdad?

La mujer me empujó con fuerza hasta una silla e hizo que me sentara. Pancraccio, el perro, se sentó a mi lado, me observaba atentamente. Era como si me estuviera vigilando. Así que no me podía levantar; además, estaba cansada y escuchaba cómo mis tripas crujían, me moría de hambre.



—¿Es bravo su perrito, señora, no muerde? —le pregunté un poco asustada.

—Dicen que perro que ladra no muerde. Aún así con el Pancraccio nunca se sabe, es calladito pero muy bravo; eso sí, sólo con los que lo molestan, ¿verdad, Pancraccio? Parece que tú le caes muy bien, hasta te está moviendo la colita. Míralo, ¿no es un encanto?

Como si pudiera entender lo que la viejita estaba diciendo, el perro se sentó derecho, paró las orejas y movió la cola. Entonces lo observé con más atención: no parecía un perro de raza fina, más bien uno bastante callejero. No se veía demasiado grande, era café, muy peludo, parecía una estopa, estaba despeinado y tenía los dientes de fuera. Me acordé de algo que decía mi mamá: “Todos los perros se parecen a sus dueños”, y la verdad era que Pancraccio sí se parecía un poco a la viejita. Definitivamente no podía decir que era un encanto, pero ya empezaba a caerme bien, sobre todo porque me había salvado la vida alejando a los Zopilotes del mercado.

Mientras esperaba a que me sirvieran volteé a mi alrededor y con gran sorpresa me di cuenta de que todo el lugar estaba

decorado con máscaras y *posters* de la lucha libre, incluso el estampado de los manteles tenía pequeñas mascaritas de colores. En la pared central se distinguía un enorme retrato de la Amazona Chilanga. Eso me llenó de confianza y me pude relajar un poco. Aquel lugar era genial.

En eso llegó Rubí, la joven mesera, quien le dijo a la anciana:

—Aquí está un caldo “especial” para la niña, abuela —y puso un enorme plato de barro enfrente de mí, con una sopa humeante que olía muy bien.

Estaba deliciosa, la devoré. Y la verdad es que me sentí mucho mejor.



—¿Cómo te llamas, chamacona? —me preguntó la extraña mujer.

—Me llamo Estrella —le contesté ya más tranquila.

—Muy bonito nombre, ¿lo ves, Estrella? No hay nada que un caldito de doña Ñaña no pueda solucionar. Acuérdate siempre que barriga llena, corazón contento —me dijo con una amplia sonrisa que dejaba ver que le faltaban varios dientes.

—Esos rufianes te estaban molestando, ¿verdad, hijita? Dios los cría, y ellos se juntan, pero una retirada a tiempo es siempre una victoria. Habrá que darles una sopita de su propio chocolate, pero todo a su tiempo, todo a su tiempo.

Yo no quería hablar de los Zopilotes, así que decidí cambiar de tema.

—Muchas gracias, señora, la verdad es que el caldo estaba delicioso. ¿De qué era?

—Un rico caldito de hígado que yo preparé con una receta especial —me contestó orgullosa.

—¿De hígado? —pregunté horrorizada.

¡Guácala! Comí caldo de hígado y, aunque sinceramente había estado delicioso, sentí mucho asco.

Me despedí tímidamente de Pancracio, quien brincó y me lamió la cara. Le agradecí nuevamente a la extraña mujer y a su nieta, quienes amablemente me dieron indicaciones para ubicarme y poder regresar a mi casa. Cuando por fin llegué ya casi era de noche. Mis papás llegaron un poco después, así que no se dieron cuenta de nada.

Estaba contenta porque me había escapado de los Zopilotes, pero preocupada porque el lunes, en cuanto llegara a la escuela, seguro me iban a estar esperando para hacerme algo horrible. Me sentía asustada, pero sobre todo enojada. Y no solamente con ellos, también estaba furiosa conmigo misma por no saber cómo defenderme.

Por lo menos tenía el fin de semana para descansar y pensar en algún plan para escapar de ellos. Esa noche tuve sueños muy raros; en ellos doña Ñaña aparecía ofreciéndome un rico caldito de hígado.

¿Qué me está pasando?

A la mañana siguiente desperté temprano, a pesar de que era sábado y no tenía que ir a la escuela. Casi no había dormido por pensar en los Zopilotes. Venían a mi cabeza todas las imágenes de lo que me habían hecho: las amenazas, los apodos, las burlas, lo de mi maleta en el campamento, la persecución que me llevó a esconderme en el mercado y, por supuesto, el momento en el que el Jefe me quitó mi dije.

Nunca me había sentido tan enojada. Entre más lo pensaba, peor me ponía. Sentía mucho calor; me levanté de la cama para ir al baño y echarme agua fría en la cara para refrescarme un poco. Mi ropa estaba empapada de sudor y sentía mucha energía en las piernas y los brazos. Cuando traté de abrir la llave me di cuenta de que tenía mucha fuerza, tanta que la zafé. El agua salía a borbotones y sin control por todas partes.

Corrí a mi cuarto para vestirme, sin querer rompí mi blusa y le arranqué las

agujetas a mis tenis. Las manos me temblaban. Estaba muy asustada, no podía entender lo que me estaba pasando, me pellizqué un brazo para ver si estaba soñando, el espantoso dolor y el enorme moretón que me dejé fueron suficiente prueba de que esto no era un sueño. Pero entonces ¿de dónde venía esa fuerza incontrolable?

Al salir de mi recámara, sin querer, arranqué la perilla de la puerta. Bajé la escalera con mucho cuidado, pero alcancé a dejar algunos agujeros en los escalones. Ya no quería moverme, para no hacer más destrozos. Tenía que hablar con alguien y sólo había una persona en el mundo en quien podía confiar: Lalo. Tomé el teléfono y alcancé a salir de mi casa sin que mis papás se dieran cuenta, era todavía muy temprano y seguían dormidos. Confundida, me senté en el pasto, donde ya no podía destruir nada y le marqué. Afortunadamente ya estaba despierto y fue él quien me contestó. Había llegado el momento de confesarle todo.

—¿Por qué no me habías contado antes, Estrella? —me preguntó Lalo un poco ofendido.



—Me daba vergüenza.

—Pero yo soy tu mejor amigo, creí que no teníamos secretos.

—Lo siento, Lalo. Es que todo esto ha sido horrible.

—Cómo me gustaría estar contigo, Estrella. Entre los dos veríamos la forma de desplumar a esos Zopilotes.

—Gracias, Lalo, pero ése, ahorita, es el menor de mis problemas. Te llamé porque me está pasando algo muy feo. Me levanté sintiendo cosas bastante raras. No sabes todos los destrozos que hice en mi cuarto. No fue a propósito. Tengo mucha fuerza.

Una energía que no tenía antes. No tengo control de mi fuerza, es como si...

—Es que estás muy enojada —me contestó Lalo tratando de tranquilizarme.

—No, Lalo. Es más que eso. No me lo vas a creer. Yo sé que lo que te voy a decir es increíble, pero creo que tengo superpoderes.

—¿Cómo que superpoderes?

—Sí, Lalo, superpoderes; como en los cómics.

—¡Eso es fantástico! —me dijo Lalo emocionado.

—¡No! Es horrible, no sé qué hacer con esto. Tengo miedo de no poderlo controlar —le contesté gritando.

—Es normal que estés asustada. Eso les pasa a todos los superhéroes y superheroínas al principio. Lo único que tienes que hacer es encontrar la fuente de tus poderes y aprender a usarlos. ¿Te sucedió algo extraño en estos días? ¿Te picó algún insecto? ¿Estuviste en contacto con material radioactivo? ¿Tomaste o comiste algo raro?

Recordé lo que había sucedido en el mercado con doña Ñaña y el caldito “especial” de hígado que me había dado. Esa señora era realmente extraña. ¿Tendría algo



que ver con lo que me estaba pasando?
¿Sería el caldo lo que me estaba haciendo sentir así?

—Estrella, no hay duda —me dijo Lalo totalmente convencido—, ése era un caldo mágico. No hay otra explicación. De ahí vienen tus poderes. Tienes que ir a buscar a esa mujer para que te ayude.

Lalo tenía razón, sólo doña Ñañaara podía explicarme lo que me estaba pasando. Le agradecí por su ayuda y salí corriendo rumbo al mercado para confirmar nuestra teoría. Tenía que apurarme y regresar antes de que mis papás se despertaran.

Cuando por fin llegué al mercado me encontré a doña Ñañaara roncando en una silla. Pancracio estaba dormido junto a ella. La desperté y le pregunté angustiada:

—¿Qué me está pasando?, ¿esto es culpa suya!

—A ver, mi niña, barájamelas más despacio que no entiendo nada —me dijo mientras Pancracio me saltaba encima para lamerme amistosamente la cara.

—Algo está mal conmigo, tengo mucha fuerza y velocidad, antes no era así, no sé qué hacer con todo esto, tengo miedo de no poderlo controlar, de destrozarlo algo, de lastimar a alguien.

—¡Ah!, ya entiendo, jarrito que hierve mucho o se quema o se derrama —me dijo doña Ñañaara muy seria.

Yo no estaba para sus frases raras, y enojada le contesté:

—Esto es culpa suya, todo lo que me está pasando tiene que ver con el caldo que me dio ayer, ¿verdad? —le pregunté gritando.

—Veo que vienes como agua para chocolate. No te preocupes, yo te puedo ayudar, ven conmigo.

Me tomó del brazo y me llevó por los pasillos del mercado hasta que se detuvo frente a una puerta.

—Éste es un lugar sagrado para mí —me dijo mientras abría.

Entramos en una enorme bodega donde había un ring.

—Bienvenida, Estrella. Si tú quieres, yo te puedo enseñar a controlar y a usar tu fuerza con sabiduría. Tendrás que trabajar duro y venir todos los días después de la escuela a entrenar. Si te comprometes y te esfuerzas lo suficiente, te puedo convertir en una gran luchadora.

—¿Usted me va a entrenar? —pregunté con incredulidad.

—Así es, niña, ¿desconfías de mí? ¿No crees que yo sea capaz de hacerlo? ¿Dudas de mis habilidades? ¿Crees que estoy muy vieja para ser tu entrenadora? Entonces déjame decirte que viejos los cerros y aún reverdecen —me dijo doña Ñaña molesta.

—No, bueno, es que yo creía que lo de usted era la cocina, no sabía que también fuera luchadora —le dije intentando tranquilizarla.

—Pues claro que sí, y te lo voy a demostrar, ven para acá.

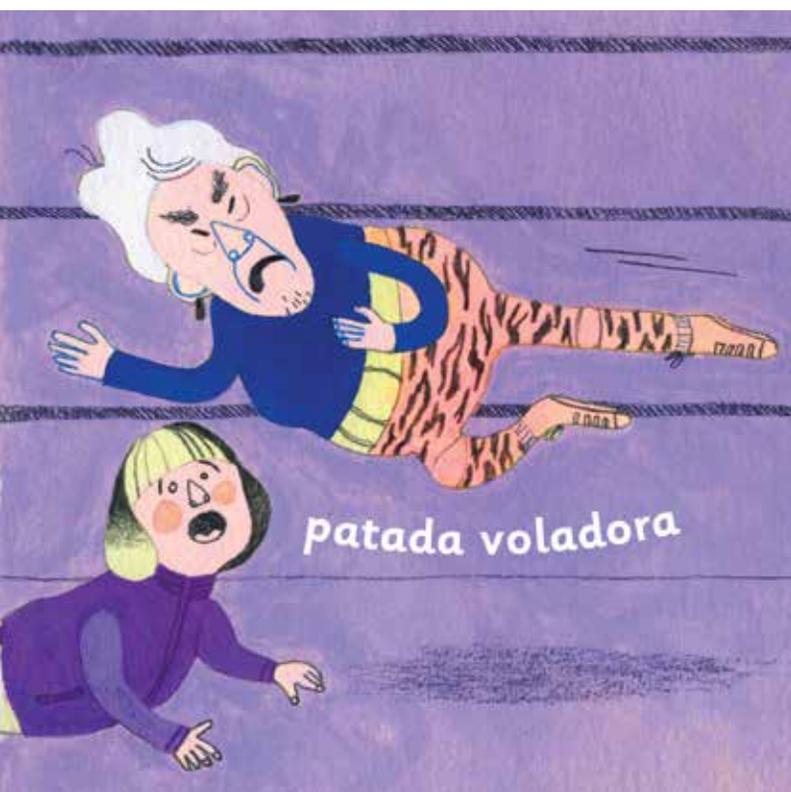
Doña Ñaña se subió al ring. La pobrecita parecía como de ciento cincuenta años. Me dio mucho miedo pelear con ella, se veía tan tierna e indefensa y, en ese momento, yo me sentía muy fuerte y poderosa, no quería lastimarla, pero ella insistió:

—¿No que muy fuerte? ¿A poco te doy miedo? Uy, chamacona, para mí que eres puro jarabe de pico.

—No, lo que pasa es que no la quiero lastimar, de verdad tengo mucha fuerza y no la puedo controlar —le dije tratando de convencerla.

—¡Ahora resulta! Ándale, niña, que no tengo todo el día, isúbetete ya y muéstrame tu poder!

Por fin le hice caso, era la primera vez que pisaba un ring y la verdad es que me sentí emocionada. Por un momento se me olvidó que estaba en una bodega del mercado e imaginé que yo era una gran luchadora profesional a punto de comenzar una pelea en la arena Hurraca-Rana. En mi fantasía, la bodega estaba llena de gradas con mucha gente que había ido a verme y me apoyaba gritando mi nombre. Entre la multitud veía a mis papás,



orgullosos de mí, sentados en primera fila aplaudiéndome. También podía distinguir a Lalo y algunos de mis compañeros de la escuela. ¡Qué feliz y orgullosa me sentía!

Estaba muy contenta fantaseando cuando de repente sentí que se me venía el mundo encima, pero no, tan sólo era doña Ñaña que me había hecho una llave y me había tirado al piso.

—¡Defiéndete, chamacona! —me gritaba la viejita con ferocidad.

Con mucha dificultad logré quitármela de encima, pero ella no paraba. Con agilidad brincaba por todo el cuadrilátero, parecía un canguro enfurecido, daba patadas voladoras y hacía toda clase de acrobacias. Entonces me di cuenta de que aquella ancianita era tan fuerte o más que yo. Era increíble lo que podía hacer. Seguramente también tomaba el caldito mágico de hígado, de ahí que fuera tan poderosa. Después de un buen rato, empecé a sentirme con más control de mi fuerza y más enfocada, entonces doña Ñaña me dijo:

—No por mucho madrugar amanece más temprano, ya te puedes ir a tu casa. Por hoy fue suficiente. Tienes que prometerme

que vas a venir todos los días después de la escuela. Yo siempre he dicho que más vale paso que dure que trote que canse. ¡Ah!, y debes pedirles permiso a tus papás, si no, no hay trato.

Eso sí que iba a estar difícil, mis papás nunca iban a permitir que yo entrenara lucha libre. Pero no quise hacerle ningún comentario al respecto a doña Ñaña.

Me despedí agradecida y salí corriendo de regreso a mi casa. Gracias a mis nuevos poderes llegué rápido y noté que mis papás apenas se estaban levantando. Corrí a mi cuarto antes de que se dieran cuenta de que había salido.

Cuando mi mamá entró a mi recámara buscándome para que bajara a desayunar, yo ya estaba sentada en mi cama como si nada, pero ella casi se desmaya cuando vio lo que mis nuevos poderes habían ocasionado.

—Estrella, pero ¿qué pasó aquí? —me gritó enfadada.

No pude responder y tuve que pasar el resto del día castigada, ordenado aquel desastre.

Un plan perfecto

Había quedado de ir a entrenar con doña Ñaña todos los días después de la escuela. Por supuesto a mis papás no les dije que iba a practicar lucha libre, les hubiera dado el patatús, como decía ella. El único que sabía mi secreto era Lalo. Tenía que inventar algo para poder salir todas las tardes. Había visto que cerca del mercado estaba un deportivo donde daban clases gratis de ballet todos los días, así que le dije a mi mamá que quería ir y se puso feliz.

—¡Qué gusto, Estrellita! El ballet es excelente para bajar de peso, te va a ayudar mucho a mejorar tu figura.

Qué lata daba mi mamá con eso de que estaba gorda. Pero no era el momento de pensar en ese asunto. Me había creído lo de las clases de ballet y eso era lo importante. Ese mismo día me compró un payasito y un tutú rosa, mi peor pesadilla hecha realidad.

Yo sabía que mi mamá no iba a poder llevarme a las clases, pues estaba ocupada

en las tardes con los arreglos de la casa, las reuniones con sus nuevas amigas, las clases de zumba y con su telenovela *Lágrimas amargas*. Así que yo iría sola y en lugar del ballet entrenaría con doña Ñaña. Era un plan perfecto, nada podría fallar. No me gustaba engañar a mis papás, tampoco a doña Ñaña, quien claramente me había dicho que tenía que contar con el permiso de mis papás, pero esto era una cuestión de vida o muerte para mí y ellos nunca lo iban a entender.

El primer día estaba ya lista para irme cuando tocaron el timbre. Era Teodoro, el hijo de los vecinos, un adolescente insoportable que varias veces había venido con sus papás a la casa a cenar. Mi mamá corrió a abrirle y escuché que le decía:

—Hola, Teo, qué bueno que llegaste. Te agradezco que hayas aceptado acompañar a Estrellita a su clase de ballet.

—¿Qué? ¿Cómo?, pero si yo me puedo ir sola —le dije a mi mamá.

—No, Estrella, no está bien que andes sola. Hay muchos peligros en la ciudad.

—Pero a la escuela a veces voy sola.

—Sí, pero la escuela está cerca y la clase de ballet no. Además, Teo se ofreció

amablemente a acompañarte, y ya no discutas, se te está haciendo tarde.

Definitivamente esto no estaba en el plan. ¿Y ahora qué iba a hacer? Tenía que encontrar la manera de deshacerme de Teodoro. En cuanto estuvimos solos en la calle le dije:

—Oye, Teo, te agradezco que me quieras acompañar, pero no es necesario, yo puedo ir y volver sola sin ningún problema.

Teodoro se quitó los audífonos y me dijo:



—No es lo que dijo tu mamá.

—Sí, pero ya sabes cómo son las mamás de preocuponas, pero no me va a pasar nada, además seguro que tú tienes mejores cosas que hacer que ir a una aburrida clase de ballet.

—Nop, no tengo nada que hacer —me contestó con indiferencia y se volvió a poner los audífonos.

Yo ya me estaba desesperando, además la idea de tomar la clase de ballet me tenía con dolor de estómago y ganas de vomitar. Insistí:

—Bueno, pero si no tuvieras que venir tal vez podrías encontrar algo mejor que hacer.

—Nop, no realmente —me contestó sin mucho interés.

Era como hablar con un zombi. Ya enojada le grité:

—Bueno, ¿pero qué ganas con hacerme la vida miserable?

—Cien pesos a la semana, eso gano, no es personal, niña.

¡Claro, cómo no lo había pensado antes, mis papás le iban a pagar! Pensé en mejorarle la oferta, pero definitivamente no podría conseguir tanto dinero. Tendría

que convencerlo de otra forma. Con un tono más suave le dije:

—Oye, Teo, ¿te gusta el ballet?

—Nop.

—Okey, pues la verdad es que te vas a aburrir mucho en la clase, si quieres yo voy y regreso sola y no le digo nada a mi mamá.

—Nop —dijo tajante.

Ya desesperada le grité:

—Por favor, Teodoro, ¡ipiérdete!, ¡no necesito niño!

—Uy, pero qué carácter, tan tranquilita que parecías. A ver, ¿por qué tanto interés en irte sola?

No sabía si era una buena idea contarle todo, pero en ese momento era lo único que podía hacer. Así que decidí arriesgarme.

—Mira, Teo, la verdad es que no quiero ir a clase de ballet, inventé eso para poder ir a otro lado.

—¡Iuuu!, ¿no me digas que tienes un noviecito? —dijo en tono burlón.

—¡No!, ¡iguácala!, ¡cómo crees! No es eso. Es algo de verdad importante, de vida o muerte.

—Uy, eso parece serio; pero yo quedé en una cosa con tu mamá, y ni modo,

tendrás que ir al ballet, además ya hasta traes el payasito puesto.

—Mira, Teo, la verdad es que no voy a ir al ballet, lo que yo quiero es entrenar lucha libre. No les puedo decir a mis papás porque a ellos no les gusta. Así que o me dejas ir sola o vienes conmigo.

—Pero si las niñas no hacen lucha libre, eso es cosa de hombres —me dijo el muy tonto mientras se reía de mí.

—Para tu información las niñas podemos hacer lo que se nos dé la gana, y por

supuesto que hay mujeres luchadoras, ¿qué no has oído de la Amazona Chilanga?

—Nop.

—Teo, por favor —le dije en tono de ruego.

—Nop.

Esto era una pesadilla, no había modo de convencerlo. Estaba empezando a perder las esperanzas, ya me veía haciendo piruetas en el ballet, cuando al doblar la esquina nos topamos con Rubí, la nieta de doña Ñaña, paseando a Pancraccio. En cuanto el perro me vio, me saltó encima y me lamió la cara.

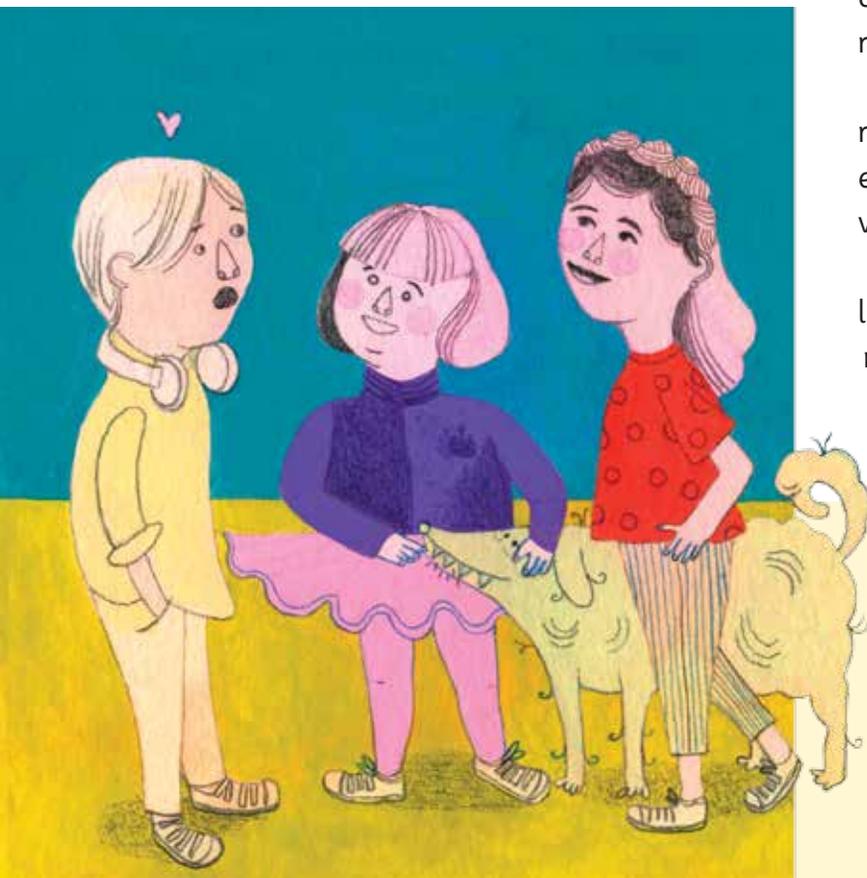
—Hola, Estrella, ¿a dónde vas con ese muchachito tan guapo?, no me digas que es tu novio —me preguntó Rubí con su voz cantarina.

Vi cómo Teodoro se ruborizaba, tenía la boca abierta y los ojos de borrego a medio morir.

—No, ¡cómo crees! Teo es mi niño.

—¿No tienes entrenamiento hoy con mi abuela? Yo ya voy para allá, si quieren caminamos juntos.

—Sí, justo estaba tratando de convencer a Teo para que me acompañara, pero no quiere.



Rubí se le acercó a Teo, lo tomó de la mano y le dijo con su voz dulce y melodiosa:

—Ay, Teo, no seas así, acompáñanos.

Teo balbuceó algo que no entendí, pero que Rubí interpretó como un sí, porque se puso contenta. Le dio un besito en la mejilla, lo tomó del brazo y juntos caminamos hasta el mercado.



Todos tienen su cebollita para llorar

Teodoro estaba completamente enamorado; como decía doña Ñaña, Rubí lo traía de un ala. ¡Guácala! ¡Quién iba a pensar que los zombis también tienen su corazoncito! Claro que a mí esta situación me convenía porque Teodoro había decidido acompañarme a todos mis entrenamientos sin decirle nada a mi mamá, por el puro interés de verla. Y el muy bobo se quedaba horas enteras arrastrando la cobija, suspirando y contemplando a su amada sin decir ni una sola palabra.

—Ay, muchachona, mira nada más a este muchachito, está embelesado con mi Rubí —me decía doña Ñaña cuando lo veía—, ni abril sin flores ni juventud sin amores.

Mientras tanto yo estaba desesperada por comenzar a luchar. Desde el primer día estaba lista para subirme al ring, me deshice del payasito y el tutú rosa y me puse unos pants que llevaba guardados en mi mochila.

—Muy bien, chamacona, el tutú rosa está bonito, pero yo creo que así vas a estar más cómoda para entrenar. Antes de empezar quiero dejar las cosas claras contigo, al pan pan y al vino vino, y por eso necesito que me prometas una cosa —me dijo doña Ñaña, muy seria.

—¿De qué se trata? —contesté un poco asustada, pensando que me iba a recordar que necesitaba el permiso de mis papás para entrenar con ella.

—Que mientras estés aprendiendo a controlar tu fuerza no vas a andar de mitotera armando zafarranchos por ahí. No puedes pelear con nadie. Acuérdate de que quien siembra vientos cosecha tempestades. Ser luchadora implica mucha responsabilidad, debes usar tus habilidades con sabiduría.

La verdad es que yo me moría de ganas de poner a prueba mis poderes con los Zopilotes. Me sentía enojada después de tantas humillaciones, y ahora que era tan fuerte quería recuperar mi dije y demostrarles que no era la tonta debilucha que ellos creían. Me imaginaba muy ruda, moqueteando al Jefe, haciéndole manita de puerco a Vanesita, dándole una patada en

el trasero al Panzón, mordiendo al Dientes y, ya bien sudada, desmayando al Apestoso con mi olor; como diría doña Ñaña, una sopita de su propio chocolate. Claro que también sentía miedo, todavía no sabía controlar mi fuerza ni tenía idea de lo que era capaz, tampoco quería lastimar a nadie, bueno un poquito nada más. Después de todo, yo no era una bravucona ni una aprovechada como ellos. Así que le contesté:

—Está bien, lo prometo. Nada de peleas mientras esté entrenando.

—Muy bien, mi niña, cuentas claras, amistades largas. Y, ahora sí, a darle que es mole de olla.

Yo pensé que me iba a llevar a la bodega donde estaba el ring, pero para mi sorpresa doña Ñaña se metió al puesto de caldos y, después de unos segundos, regresó con un delantal y una escoba.

—Ándele, hija —me dijo mientras me ponía el delantal y me daba la escoba.

Yo no entendía lo que pretendía que hiciera, aquella viejita era muy rara, tal vez tenía una técnica para luchar, con la escoba, que yo nunca había visto. Así que de plano le pregunté:

—Pero ¿para qué es esto?

—Ay, chamacona, no me digas que no sabes para qué sirven las escobas... pues para barrer —me contestó sonriente.

—Sí, claro que sé para qué sirve una escoba, pero esto...

Doña Ñañaara no me dejó terminar:

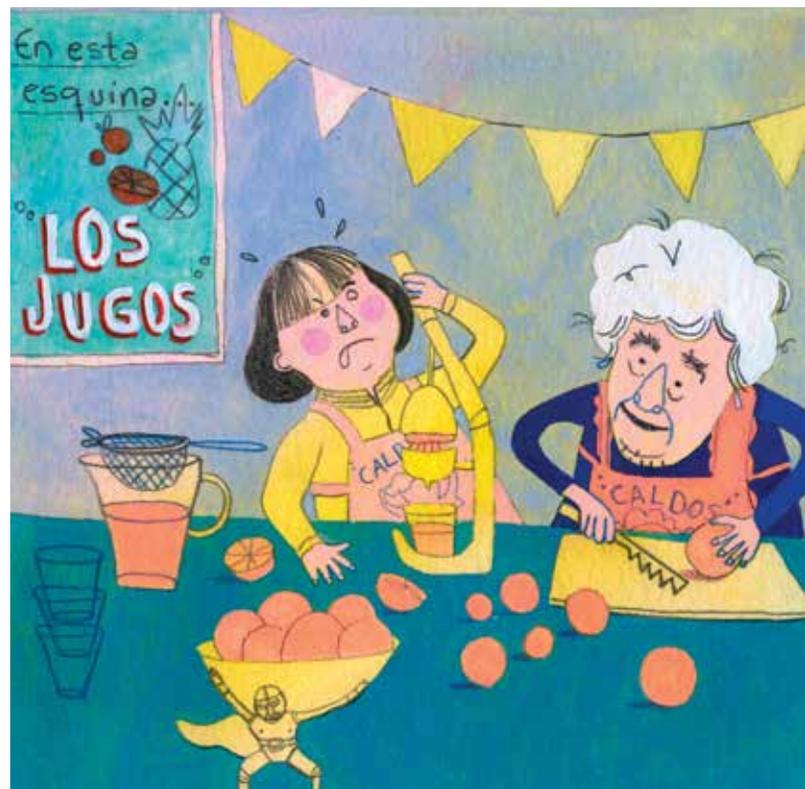
—Paciencia, hija, paciencia, ponte a barrer, no tenemos todo el día. Esto tiene que quedar como tacita de té para los comensales que vengan mañana. Así que al mal paso darle prisa.

Doña Ñañaara debió haber visto mi cara de confusión y disgusto porque me dijo tratando de animarme:

—Y al mal tiempo buena cara.

No era lo que esperaba, pero si ella me iba a entrenar, me parecía justo que yo le ayudara un poco en el negocio, así que me puse a barrer.

Al día siguiente llegué entusiasmada pensando que ahora sí iba a subir al ring, pero doña Ñañaara tenía otros planes para mí, y así pasaron semanas en las que mi entrenadora me pedía que hiciera cosas como sacar las enormes bolsas de basura que pesaban un montón, que exprimiera las naranjas o que aplanara la carne con



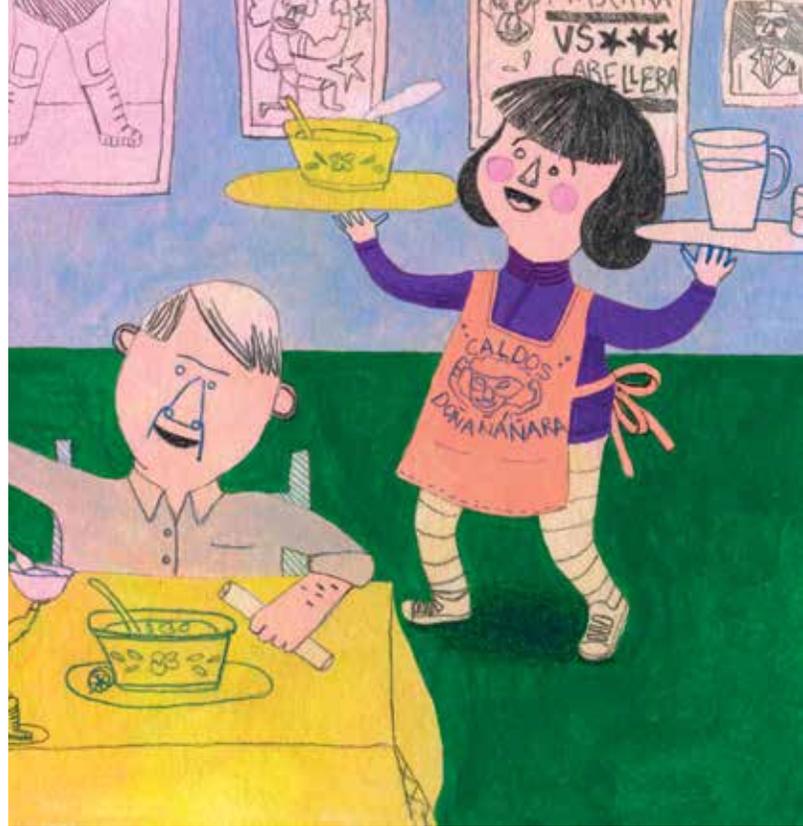
todas mis fuerzas. Me pedía absoluta concentración al lavar los chiles y picar las verduras. Tenía que servir las mesas con una charola en cada mano, lo que implicaba un gran esfuerzo. Yo no entendía qué estaba pasando, ¿no se suponía que íbamos a entrenar lucha libre? Además de precisión, me exigía hacer las cosas con rapidez y de buen humor.

Todos los días regresaba a mi casa agotada y sin haber aprendido nada de lucha libre. Me quejaba con Lalo. Eso sí, ya no había hecho más destrozos, toda mi energía estaba concentrada en mi “entrenamiento”. Pero esto no podía seguir así. Llegué al límite de mi paciencia el día que me puso a cortar tres mil cebollas, muy finitas, a toda velocidad y sin llorar. Aquello me pareció un abuso, no pude más y le dije molesta:

—No entiendo, ¿qué tiene que ver picar cebollas con la lucha libre? Usted me prometió que me entrenaría, pero sólo me ha puesto a hacer un montón de cosas que no tienen nada que ver.

Doña Ñaña me miró tranquila y me dijo:

—Mira, Estrella, el ring es un lugar sagrado para mí, y necesito saber que tú



realmente tienes la disciplina y el compromiso para ser una luchadora. Esto no es un juego y si no eres constante y cuidadosa, puedes lastimarte o lastimar a alguien más. Chamaca, quien no oye consejo no llega a viejo. Además, por supuesto que has aprendido cosas útiles que te van a ayudar cuando estés en el cuadrilátero. Exprimiendo naranjas y aplastando la carne has canalizado tu enojo, ésa es una forma de aprender a controlar tu poder y usarlo de manera creativa. Has desarrollado tu fuerza cargando todas esas bolsas

de basura; cada día puedes cargar más, no te hagas, chamacona. Picar la verdura y lavar chiles entrena tu paciencia, disciplina y precisión, herramientas indispensables para una buena luchadora. Servir mesas te ha dado fuerza, control y, sobre todo, equilibrio. Finalmente, el ejercicio de las ce-bollas tiene que ver con la concentración, fuerza de voluntad y temple para resistir el dolor. Has puesto al servicio de los demás tus habilidades y eso también es una gran enseñanza. Ahora, niña, vete a tu casa a descansar. Si después de consultarlo con tu almohada de verdad quieres aprender a controlar tu fuerza para convertirte en una luchadora profesional, mañana te espero para seguir el entrenamiento. Si no, pues no hay problema, cada quien su camino, cuentas claras y el chocolate espeso.

Doña Ñañaara dio la media vuelta y yo me quedé con la boca abierta. Nunca dejaba de sorprenderme. Sin decir nada, recogí mis cosas y caminé con Teodoro rumbo a mi casa.

Machincuepas

Al día siguiente, después de la escuela, regresé con doña Ñañaara. Me puse mi delantal, esperando que esa tarde me diera alguna extraña tarea como limpiar frijoles o pelar pollos.

—Pero ¿qué haces, chamacona? Quítate ese delantal y ven conmigo. Ha llegado el momento de comenzar la segunda fase del entrenamiento.

Doña Ñañaara por fin me llevó a la bodega donde estaba el ring.

—¡Ahora sí, mi niña!, no hay plazo que no llegue ni deuda que no se pague, así que vamos a empezar.

La nueva rutina no era nada fácil, primero calentábamos un buen rato, dándole muchas vueltas a la bodega con un trote ligero, saltábamos la cuerda a ritmo de cumbia, merengue, salsa y chachachá, luego venían los abdominales, que a pesar de mi fuerza me costaban mucho trabajo. Doña Ñañaara siempre me animaba:

—Ándale, chamacona, que hasta arrancar un ajo cuesta trabajo.

Terminábamos con un montón de sentadillas, que doña Ñañaara hacía a toda velocidad sin cansarse, y muchos ejercicios más para ir midiendo y controlando mi fuerza.

—Muy bien, Estrella, con paciencia y con maña, el elefante se comió una araña —me decía doña Ñañaara.

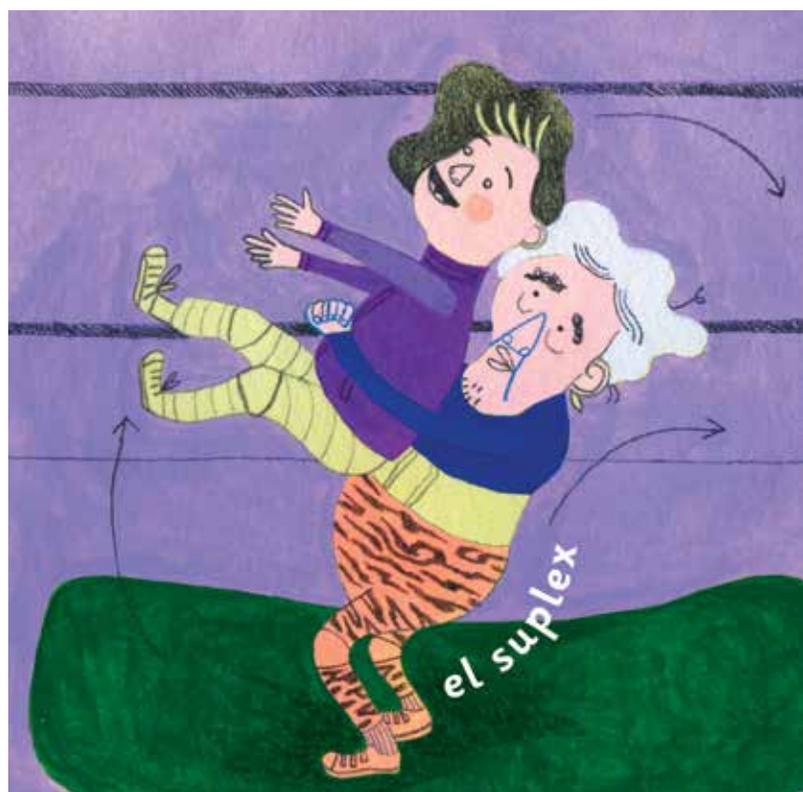
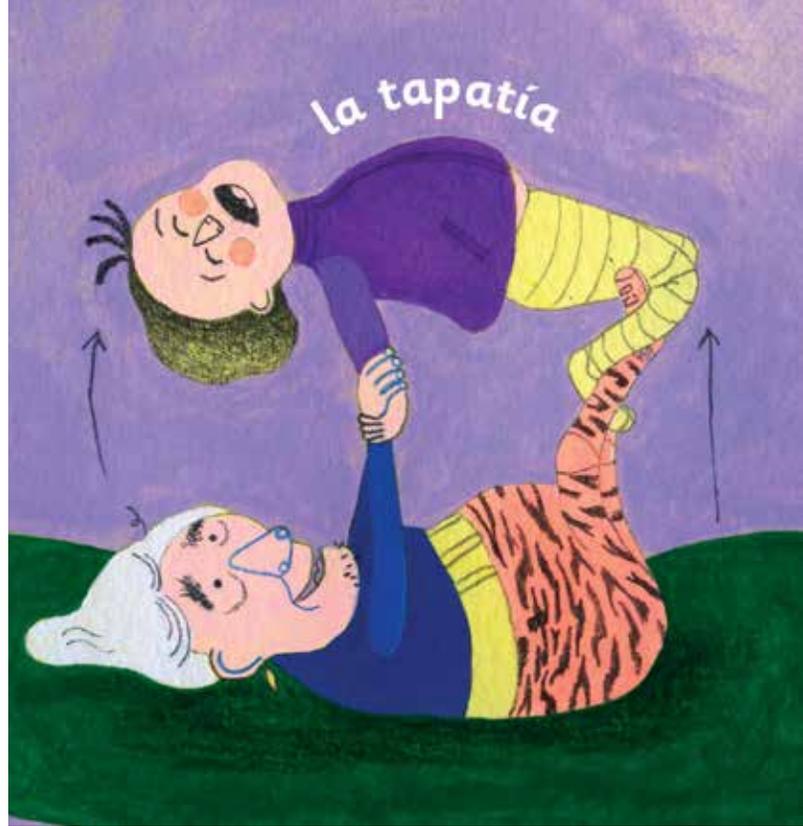
Luego me enseñaba cosas más técnicas, como el uso de las cuerdas para impulsarme, rebotar o saltar sobre ellas.

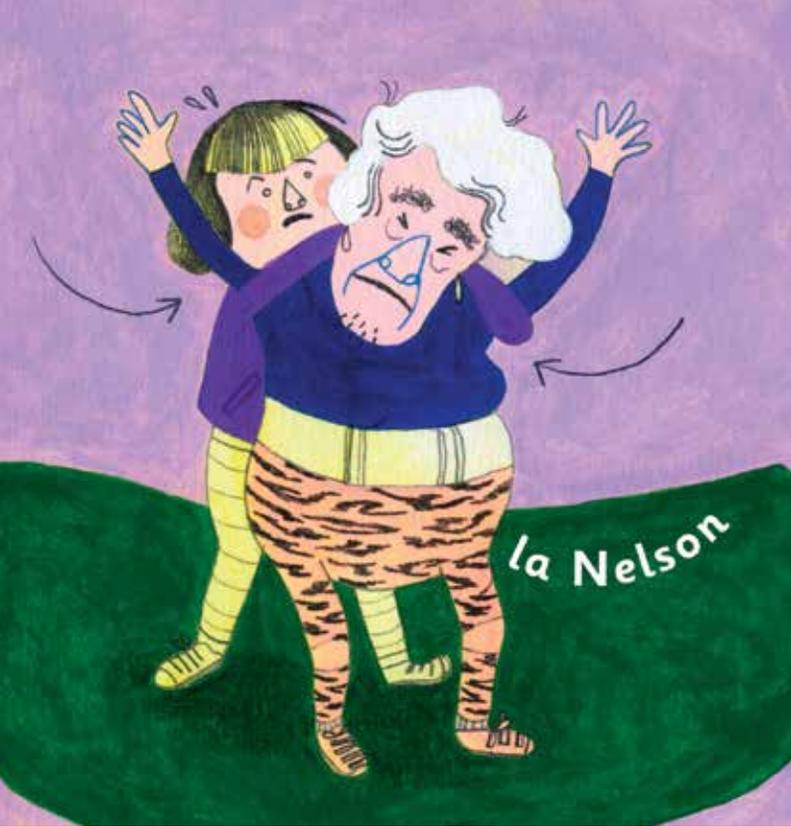
—Mira, chamacona, en la lucha libre hay llaves, candados y castigos que se utilizan para someter, inmovilizar y vencer a tu rival, te voy a enseñar algunas.

Con mucho cuidado me mostró la del caballo, la tapatía y el suplex. Luego me explicó cómo me podía liberar de ellas con una contrallave.

Doña Ñañaara era una verdadera experta haciendo patadas voladoras, maniobras aéreas, mortales y un montón de cosas espectaculares que se hacen en una pelea.

—Tienes que recordar, muchachona, que la lucha libre es un deporte, pero también es un espectáculo muy teatral y colorido, lleno de folclor y hazañas fantásticas que maravillan a chicos y grandes,





por eso también debes aprender a hacer machincuepas.

—¿Machin... qué? —pregunté sorprendida.

—Machincuepas, o sea, que tienes que rodar como calabaza, ja, ja, ja, ja. Ándale, vamos a practicar unas.

Doña Ñaña era excelente y nunca se cansaba. A veces entrenábamos con “La cumbia de las luchas”. Ella se ponía de muy buen humor. Hacía unos pasitos de baile bastante chistosos mientras yo intentaba hacerle la Willson, la Nelson, la quebradora, el tirabuzón o sacarla del ring al ritmo de la canción.

Me impresionaba lo mucho que sabía y en los descansos nos la pasábamos practicando de lucha libre. Yo siempre tenía miles de preguntas que hacerle.

—¿Desde cuándo existe la lucha libre? —le pregunté un día.

—¡Recórcholis, hija! Desde hace sopecientos años. La lucha libre que nosotras practicamos está inspirada en técnicas antiguas, como la lucha grecorromana o el jiu-jitsu.

—¿Desde entonces usted ya era luchadora?

—¡Órale, chamacona!, más respeto, ni que estuviera tan viejita —me dijo enojada.

A ella le gustaba contarme historias de grandes luchadores como el Santo, Blue Demon, el Rayo de Jalisco o el Perro Aguayo. Pero a mí lo que más me daba curiosidad era saber sobre las luchadoras mexicanas.

—¡Uy, muchachona! —me decía doña Ñaña emocionada—, son muchas, como Natalia Vázquez, considerada la primera luchadora, Irma González, Chabela Romero o Toña la Tapatía. Todas ellas fueron excelentes atletas y abrieron el camino para otras mujeres que querían ser luchadoras, como tú. Pero ya sabes lo que dicen, la curiosidad mató al gato, así que ya estuvo bueno de tanto chisme y mejor vamos a ponernos trabajar, pues a Dios rogando y con el mazo dando.

Era divertido entrenar con doña Ñaña, pero también cansado. Había logrado controlar mis poderes y cada día me sentía más fuerte y segura de mí misma.

Después de la práctica, llegaba cansada a mi casa a hacer tarea y a veces el sueño me vencía antes de lanzarme a la cama. Lo más extraño era que todas las noches

soñaba con la Amazona Chilanga, quien aparecía en un ring flotante, decorado con foquitos de colores. Llevaba siempre su espectacular traje dorado con la hermosa máscara que le cubría la cara. Generalmente me daba consejos muy serios sobre cómo luchar o de las cosas que me preocupaban, aunque a veces sólo aparecía para ofrecerme ir de paseo en un unicornio de colores, comiendo pastelitos de zarzamora.

Y, hablando de pastelitos, la verdad es que desde que había empezado a entrenar con doña Ñaña mi alimentación había mejorado. Todos los días tomaba el caldo mágico de hígado, para mantener mis poderes, y me empezaba a sentir muy bien con mi cuerpo y con todas las cosas que podía hacer en el entrenamiento.

Mientras tanto, en la escuela los Zopilotes estaban furiosos porque me había escapado de ellos aquel día en el mercado y al principio trataron de vengarse. Dentro del salón de clases ya no me podían hacer nada porque, después de lo que pasó en el campamento, la señorita Becerra estaba más atenta.

En el recreo me iba al único lugar en el que sabía que los Zopilotes nunca



entrarían: la biblioteca. Un par de veces intentaron seguirme después de clases, pero no lo lograron porque Pancracio, el perro de doña Ñañaara, me esperaba afuera de la escuela para acompañarme hasta mi casa. Estaban muy sorprendidos y asustados de ver que aquel perro callejero me protegía. Y es que a pesar de que estaba muy enojada y quería enfrentarlos y mostrarles de lo que ahora era capaz, no podía hacerlo porque doña Ñañaara me había hecho prometer que no pelearía hasta que tuviera mis poderes totalmente bajo control, y sólo si era estrictamente necesario. Yo cumplía con mi promesa, pero algo había cambiado en mí y los Zopilotes ya no me intimidaban. Y aunque yo ya no les temía como antes, me enojaba darme cuenta de que los demás niños de la escuela seguían sufriendo por sus abusos.

—Paciencia, Estrella, paciencia —me decía la Amazona Chilanga en sueños—, pronto estarás lista para hacerles frente y recuperar lo que es tuyo.

El regalo

Una tarde Teodoro llegó muy temprano por mí, me dijo que teníamos que llegar antes porque doña Ñaña me tenía preparada una sorpresa. Por más que le insistí durante todo el camino, no me quiso decir de qué se trataba. Me llamó la atención verlo tan bien vestido, perfumado y hasta peinado. Todo esto era sospechoso.

Cuando llegamos, doña Ñaña, Rubí y Pancracio también nos esperaban arreglados. El pobre de Teodoro casi se cae desmayado al ver a Rubí con un pantalón de mezclilla y una playera con la que se veía muy bien. A Pancracio le había tocado baño, llevaba antifaz y una pequeña capa. Pero la que realmente me sorprendió fue doña Ñaña. Nunca la había visto así. Estaba vestida como luchadora. Llevaba un leotardo naranja con manchitas negras y la máscara haciendo juego. Me recibió con una sonrisa y una enorme caja de regalo.

—Querida Estrella, creo que ya estás lista para ser una luchadora —me dijo mientras me entregaba el paquete.

Lo abrí de inmediato. Era un traje de luchadora con todo y máscara.

—Recuerda que es importante mantener tu identidad en secreto. Espero que te guste —me dijo un poco preocupada al ver que yo no reaccionaba.

Y es que me había quedado petrificada de la emoción, no lo podía creer, era el mejor regalo del mundo. El traje era un leotardo morado cubierto de brillantes estrellas. Tenía una preciosa capa plateada de tela satinada y una máscara con una estrella, también de plata.



—¡Es perfecto! —le contesté y corrí a abrazarla—. Gracias, muchas gracias, doña Ñaña.

—Ándale, ve a probártelo, que todavía tengo otra sorpresa para ti.

Todo me quedaba perfecto y francamente me veía espectacular. Doña Ñaña se puso contenta al verme modelar. Teo y Rubí me aplaudieron emocionados.

—Te queda muy bien, chamacona, ahora lo único que te falta es tener un nombre de luchadora.

Yo llevaba algunas semanas pensando en eso, ya tenía una idea, y al ver mi traje supe cuál era el nombre correcto.

—¡Me llamaré Viento Estelar! —le dije llena de entusiasmo.

—Muy bien. Viento Estelar es un gran nombre —me dijo doña Ñaña con orgullo—. Y ahora, Viento Estelar, vámonos.

—¿A dónde vamos? ¿Hoy no vamos a entrenar? Le dije sorprendida.

—No, hoy tenemos que hacer algo importante. Vámonos, que se nos hace tarde. Y sonriendo, doña Ñaña me guiñó un ojo.

Máscara contra cabellera

Doña Ñaña, Rubí, Teodoro, Pancraccio y yo llegamos a la arena Hurraca-Rana para ver la pelea de la Amazona Chilanga. Era mi sueño hecho realidad.

Me sorprendió ver que doña Ñaña era muy conocida en el lugar y la trataban como si fuera una persona importante. Ni siquiera tuvimos que hacer cola o pagar boleto para entrar porque en cuanto llegamos nos hicieron pasar por una puerta especial.

Caminamos por un pasillo donde había muchas imágenes de grandes luchadoras y luchadores. Por supuesto, había una foto de la Amazona Chilanga. Pero lo que más me sorprendió fue ver una fotografía muy vieja, en blanco y negro, de una luchadora que posaba sonriente en el ring. Había algo que me parecía familiar de aquella mujer. Los demás se adelantaron, excepto Rubí que se quedó junto a mí y me dijo:

—¿La reconoces? Es mi abuela, una de las más grandes luchadoras que han existido.



Por supuesto, era doña Ñaña y se veía genial.

—¿No te ha contado de cuando era luchadora? Fue una gran campeona, empezó desde que era muy joven y, aunque le tocó vivir una época difícil, cuando se prohibió la lucha femenil en Ciudad de México, ella nunca se dio por vencida y siguió peleando.

—¿Estaba prohibido que las mujeres lucharan?, pero ¿por qué? —le pregunté a Rubí sorprendida e indignada.

—Porque había personas que creían que las mujeres debían dedicarse a otras actividades. Estaba mal visto que ellas tuvieran ciertas profesiones consideradas exclusivas para los hombres. Incluso mis bisabuelos pensaban que mi abuelita debía dedicarse a otra cosa; no la apoyaban. Pero ella no se rindió, nunca renunció a su sueño. No le importaron las críticas y siguió luchando. Afortunadamente la prohibición sólo fue en Ciudad de México, así que mi abuela y muchas otras luchadoras decidieron irse a otros estados de la república a pelear. Hace algunos años dejó de luchar por su edad, pero siguió entrenando a otras luchadoras que querían ser tan buenas como ella. Eso sí, no cualquiera podía

ser su alumna, siempre ha sido exigente a la hora de escoger a quién va a entrenar. Seguramente vio algo especial en ti, Viento Estelar. Como también vio algo especial en la Amazona Chilanga.

—¿Doña Ñaña entrena a la Amazona?

—Claro, ¿por qué crees que es la mejor luchadora? Pero ya vámonos, que la pelea está por comenzar y no me quiero perder nada.

Mientras corríamos para llegar a nuestros lugares, yo iba pensando en lo mucho que admiraba a doña Ñaña. Nos sentamos en la primera fila, en los mejores lugares. La arena era más grande de como yo me la imaginaba. Había mucha gente y yo estaba emocionada e impaciente por ver la pelea. De pronto se escuchó la voz del presentador:

—Sean todos bienvenidos a la arena Hurraca-Rana.

La multitud gritó enloquecida, la pelea estaba por comenzar, el presentador continuó:

—Hoy tendremos una lucha colosal, donde estará en juego máscara contra cabello. Démosles la bienvenida a estas dos fantásticas gladiadoras. En esta esquina,

representando a los rudos, la poderosa Dora la Destruyora; en la otra esquina, por el lado de los técnicos, la única e inigualable Amazona Chilanga.

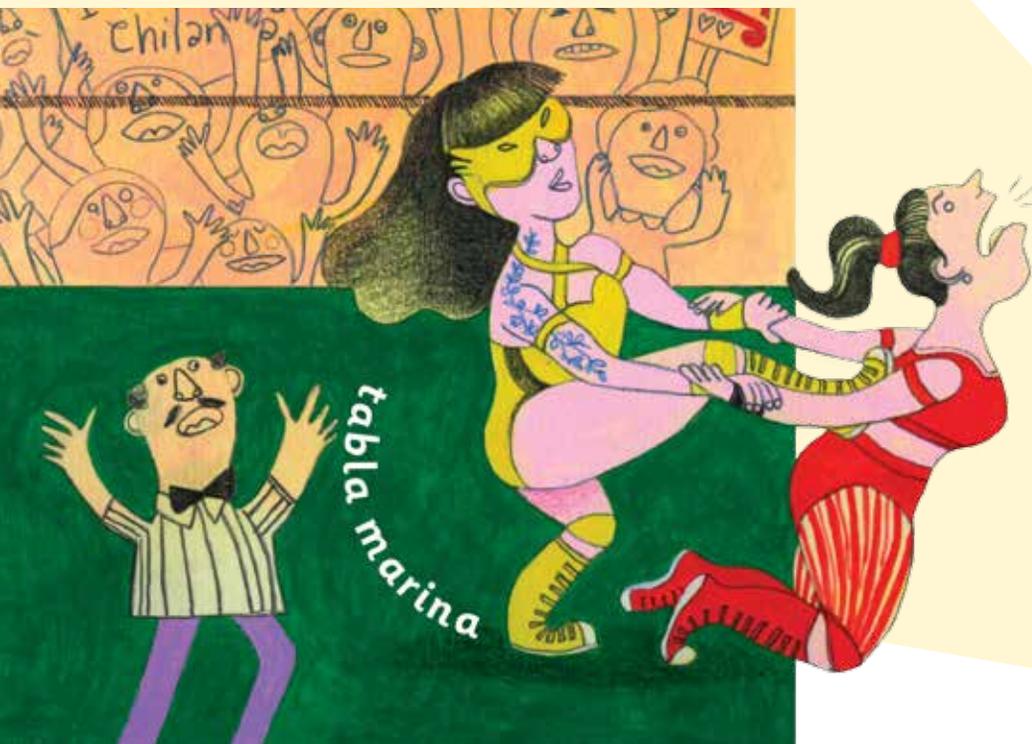
Las dos luchadoras aparecieron en el ring mientras la multitud gritaba sus nombres. La Amazona llevaba su espectacular leotardo dorado y su máscara haciendo juego. Dora la Destruyora no llevaba máscara y la verdad es que también lucía espectacular con un conjunto rojo de *top* y mallas.

La Amazona atacó primero sorprendiendo a su contrincante. La Destruyora respondió con fiereza con un látigo irlandés. Luego vinieron patadas, golpes y manotazos. La Amazona tuvo algunos problemas, pues Dora se valía de cualquier cosa para ganar la pelea. Pero pronto la puso en su lugar con una vuelta al mundo, la otra cayó en el piso y rodó como un tronquito. Estaba furiosa, se levantó y le saltó encima con unas tijeras, pero la Amazona se la quitó de encima. La Amazona era rápida, fuerte, astuta y voladora pero su contrincante era ruda y muy tramposa. Le picó los ojos, le jaló el cabello, la mordió y la pisoteó, pero la Amazona no se



dejó vencer. Siempre se levantaba y seguía peleando con más inteligencia y audacia. Después de una tabla marina, un cruce de piernas y varios golpes, la Amazona por fin logró derrotar a su oponente.

La arena estalló en ovaciones y aplausos. Yo ya no tenía voz de tanto gritar. La Amazona bajó a saludar al público, después de darle la mano a varias personas vino directamente hacia nosotros. Abrazó a doña Ñáñara con mucho cariño y luego me dio la mano a mí. Definitivamente era el día más feliz de mi vida.



La hora de la verdad

La pelea había estado increíble. De regreso, pasamos a cenar unos caldos; luego Teodoro y yo acompañamos a doña Nánara y Rubí a su casa.

El pobre Teodoro había intentado declarar su amor a Rubí varias veces, pero ella siempre estaba acompañada, y no lo había logrado. Esa noche intentó hacerlo nuevamente, mientras yo me cambiaba de ropa y doña Nánara dormitaba en el sillón de la sala, pero al final no se atrevió.

Todo el camino de regreso a mi casa, Teodoro y yo nos la habíamos pasado hablando de Rubí y de los mejores momentos de la Amazona Chilanga. Los dos estábamos tan contentos y emocionados que no nos habíamos dado cuenta de que ya era muy tarde. Mis papás y los de Teodoro nos estaban esperando en la puerta. Primero me abrazaron como si no me hubieran visto en un mes y luego comenzaron los regaños.

—¿Se puede saber dónde estaban?
—nos dijo mi papá muy enojado.

Teodoro me miró con cara de angustia, a mí no me gustaba mentirles a mis papás, pero ellos no me entendían, y no podía arriesgarme a que me prohibieran entrenar. Así que otra vez mentí.

—Estábamos en la clase de ballet —dije tratando de convencerlos.

—¡Eso no es cierto! —contestó mi mamá furiosa—, cuando me di cuenta de que llevaban tres horas de retraso, decidí irlos a buscar a la clase. La maestra me dijo que ni te conocía, nunca has ido a las clases de ballet. Nos han estado engañando, ¿dónde han estado todo este tiempo?

Teodoro y yo nos quedamos callados, no sabíamos qué responder. Entonces su papá le gritó:

—Teodoro, necesitamos una explicación; tú eras el encargado de llevar a Estrella a esa clase, no puedo creer que hayas sido tan irresponsable.

En ese momento me di cuenta de que ya no podía seguir mintiendo, pero estaba tan enojada que les grité a mis papás:

—¡Como si de verdad les importara lo que hago! A ustedes sólo les interesan sus cosas: a ti, papá, tu trabajo, y a ti, mamá, tu telenovela. Ni siquiera saben por lo que

he estado pasando todos estos meses, no saben quién soy, qué me gusta, yo no les importo.

Y que me suelto a llorar. Creo que mis papás se sintieron mal por lo que les dije, y se calmaron un poco. Ya en un tono más suave, mi mamá me preguntó:

—¿Qué has estado haciendo? Puedes decirnos la verdad.

—He estado entrenando lucha libre y me gusta, me gusta mucho —dije con una seguridad que me sorprendió.

—¡Lucha libre! —gritó mi papá—. Pero eso no es correcto, no es una actividad para niñas. No, no puede ser. Tienes que dejarlo, Estrella.

—Claro que es para niñas, hay muchas luchadoras —gritó Teodoro sin pensarlo—, ¿qué no conoce a la Amazona Chilanga? Además, Estrella es muy buena.

—¡Cállate, Teodoro! —le dijo su papá—, que no nos tienes nada contentos.

—Pero, Estrella, ¿cómo?, ¡lucha libre! —me dijo mi papá todavía muy sorprendido.

—Por favor, papá, dame una oportunidad, es algo que de verdad me gusta mucho, déjame mostrarte lo que puedo hacer.

Mi papá estaba transparente del susto y no parecía que fuera a cambiar de opinión, entonces mi mamá me dijo:

—Está bien, Estrella, creo que mereces una oportunidad. ¿Dónde has estado entrenado y con quién?

No quería entrar en muchos detalles, mi mamá estaba un poco más flexible y no sabía cómo iba a reaccionar si se enteraba de que yo tenía superpoderes y entrenaba con una extraña viejita que vendía caldos mágicos en un mercado, así que nada más le dije:

—Mi entrenadora es una señora muy buena y toda una profesional en esto de la lucha libre.

—Muy bien, Estrella, pues entonces mañana mismo la vamos a ir a visitar para que ella nos explique bien qué es lo que te ha estado enseñando todos estos meses. Después de platicar con ella, tu papá y yo podremos tomar una decisión.

—¡Ah! Y, por mentir, vas a estar castigada un mes sin ver televisión —agregó mi papá todavía muy molesto.

Obviamente no estaba nada contento, pero por lo menos no contradijo a mi mamá y había accedido a darme una

oportunidad al aceptar ir a conocer a doña Ñaña.

Teodoro y sus papás se despidieron disculpándose por todo.

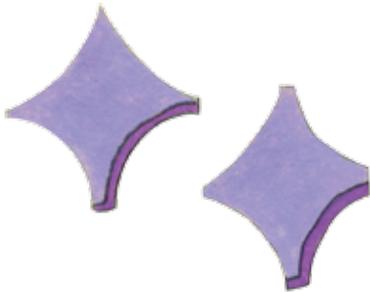
—Lo siento, Teo. Gracias por apoyarme, espero que no te castiguen —le dije cuando se despidió de mí.

—No te preocupes, Viento Estelar, valió la pena —me susurró al oído.

Después lo vi alejarse con sus papás, quienes yo creo todavía estaban muy enojados porque gritaban y agitaban mucho las manos.

La buena noticia era que no tendría que seguir mintiéndoles a mis papás, la mala era que ellos querían conocer a mi entrenadora. No pude dormir pensando en lo que podría pasar.

Al día siguiente llevé a mis papás al mercado a conocer a doña Ñaña.



Para muestra, un botón

Cuando llegué con mis papás al mercado, doña Ñaña se puso contenta.

—Pero qué emoción, chamacona, ya tenía muchas ganas de conocer a tu familia. Siéntense, por favor —les dijo a mis papás.

Mi papá estaba de mal humor, y yo estaba sufriendo porque mi mamá le iba a contar todo a doña Ñaña y no sabía cómo iba a reaccionar. Después de todo, también a ella la había engañado. Mi mamá empezó esforzándose por ser amable.

—Estamos agradecidos por todo lo que ha hecho por nuestra hija.

—No ha sido nada, lo he hecho con mucho gusto —dijo doña Ñaña sonriente.

—La cuestión es que nosotros nunca estuvimos de acuerdo en que Estrella practicara lucha libre, ella nos engañó.

En ese momento intervino mi papá molesto.

—Sí, Estrella nos dijo que estaba tomando clases de ballet. En lugar de eso venía aquí, a hacer quién sabe qué cosa.

—Papá —murmuré yo avergonzada—, ya te dije que he estado entrenado lucha libre.

Ahora doña Ñaña era la que estaba seria. Se hizo un silencio incómodo y luego por fin les dijo a mis papás:

—Lo siento mucho, yo no tenía idea.

Luego me volteó a ver y me dijo enojada:

—Chamaca mañosa, y yo todo este tiempo pensando que tus papás estaban enterados de nuestro trato. Eso estuvo muy mal, Estrella. No debería de seguir entrenándote, has traicionado mi confianza.

—En eso estamos de acuerdo —dijo mi papá.

—No, por favor, no me hagan esto. Prometieron que me iban a dar una oportunidad —les dije a mis papás con lágrimas en los ojos, después volteé con doña Ñaña—, de verdad lo siento, pero usted más que nadie tiene que entenderme, todo lo que hice fue por hacer realidad mi sueño de ser luchadora, usted alguna vez hizo lo mismo, por favor, perdóneme.

Doña Ñaña, sin decir nada, me miró durante unos segundos, que para mí fueron una eternidad. Por fin dijo:

—Tienes razón, Estrella, alguna vez yo también tuve que pelear por lo que quería y, aunque estoy muy enojada contigo por no haberme dicho la verdad, debo reconocer que pocas veces he tenido a una alumna tan comprometida y dedicada como tú, así que, si prometes no volver a engañarme, y si tus papás están de acuerdo, puedo dejar esto atrás y seguir con tu entrenamiento.

—La cuestión es que no estamos seguros de querer que Estrella siga entrenando —dijo decidido mi papá.

—Sí, hijita —dijo mi mamá—, yo estoy preocupada





porque eso de la lucha libre no se me hace que sea una actividad para una niña, es algo muy rudo, muy tosco y me preocupa que te vayas a lastimar.

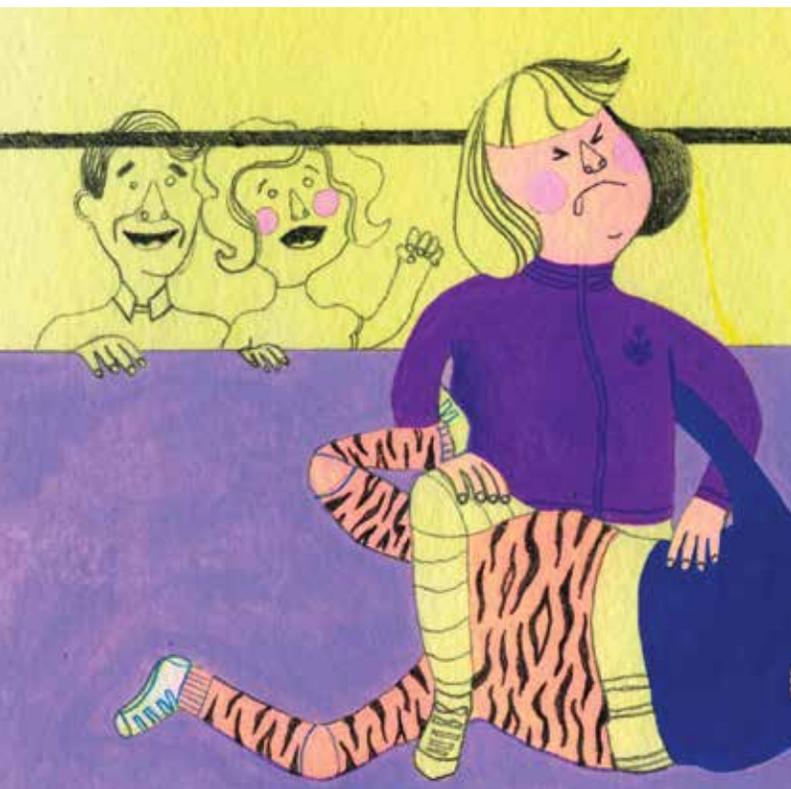
—Entiendo bien su preocupación, señora —intervino doña Ñaña—, sin duda la lucha libre, como otros deportes, requiere de mucha preparación para evitar cualquier lesión. Permítanme mostrarles lo que hemos estado haciendo y tal vez después puedan tomar una decisión más justa. ¿Qué les parece?

Mis papás estuvieron de acuerdo y los cuatro nos dirigimos a la bodega donde entrenábamos.

—Ahora es cuando, hierbabuena, hay que darle sabor al caldo —me dijo doña Ñaña mientras subíamos al cuadrilátero.

Después de calentar un poco, doña Ñaña y yo comenzamos a luchar. De reojo alcance a ver la cara de susto que tenían mis papás. Al principio escuché a mi mamá exclamando: ¡Auch!, ¡ay!, ¡izas! Pero poco a poco, conforme veía lo bien que pelaba, se fue relajando y para mi sorpresa, comenzó a gritar:

—Vamos, Estrella, tú puedes, dale duro, y cosas por el estilo.



Estaba claro que mis papás no eran unos expertos en lucha libre, pero al parecer estaban disfrutando el espectáculo que doña Ñaña y yo les dábamos.

Cuando terminamos, mis papás se quedaron un rato hablando. Después corrieron a abrazarme y felicitarme.

—Está bien, Estrella. Tu papá y yo lo hemos platicado y acordamos que puedes seguir practicando con doña Ñaña —dijo mi mamá orgullosa.

—Muy bien, señores, entonces ¿qué les parece si los invito a comer para celebrar? Que con la barriga vacía ninguno muestra alegría. Y los cuatro comimos un delicioso caldito de hígado. Claro que éste no era “especial”.



La kermés

Durante algunas semanas mi mamá me llevó a los entrenamientos, porque habían castigado a Teo y no podía salir de su casa. El pobre andaba cacheteando las banquetas y completamente desconsolado porque no podía ver a Rubí. También ella estaba triste. Hasta Pancracio lo extrañaba, porque Teo, para quedar bien con Rubí, siempre le llevaba premios.

—Amar sin padecer no puede ser —les decía doña Ñaña tratando de consolarlos.

Finalmente le levantaron el castigo y mi mamá accedió a que me acompañara a los entrenamientos otra vez. Y, como decía doña Ñaña, la distancia había avivado la llama del amor, y por fin Rubí y Teo se hicieron novios, lo que nos dio mucho gusto a todos, especialmente a Pancracio, que volvió a recibir su dotación de golosinas.

En cuanto a mí, las cosas habían cambiado mucho en mi casa. Mi mamá y mi papá pasaban mucho tiempo conmigo, escuchaban lo que les decía y se interesaban

más en mis cosas. Seguía avanzando en mis entrenamientos y cada día me sentía más contenta y segura de mí misma.

En la escuela, los Zopilotes torturaban a todos como de costumbre. Pero yo ya no les tenía miedo. Sabía que pronto llegaría el momento de enfrentarlos y ponerles un alto.

Un día, la directora, la señora Borbolla, entró al salón de clases con la noticia de que entre todos íbamos a organizar una kermés, con el objetivo de recaudar fondos para arreglar las áreas verdes de la escuela.



—Necesito que me ayuden. Vamos a dividir las tareas entre todos. Algunos se encargarán del banco, en donde los invitados podrán cambiar su dinero por boletitos para comprar en los puestos de comida o participar en alguna actividad. También vamos a organizar juegos como el de las sillas, carreras de costales y poner la cola al burro. Transformaremos uno de los salones de clases en una disco, otro en el registro civil y, desde luego, habrá una cárcel —nos dijo la directora emocionada.

Todos estábamos entusiasmados con la idea y durante un mes estuvimos trabajando en la organización de la kermés. Hicimos decoraciones para los puestos, conseguimos la comida y planeamos los juegos y actividades. Hasta los Zopilotes se estaban portando bien porque estaban ocupados. Pero yo no confiaba en ellos, sabía que algo tramaban.

Por fin llegó el día. Había mucha gente. Los niños de la escuela, como éramos los organizadores, acordamos ir vestidos con pantalones de mezclilla y una playera blanca que habíamos mandado a hacer para distinguirnos. Los demás invitados podían ir disfrazados. Había un montón de



princesas, superhéroes, hadas, monstruos, unicornios y muchos personajes de caricaturas y películas.

Yo estaba encargada del juego de las sillas y, aunque me estaba divirtiendo, no podía dejar de pensar en los Zopilotes, estaba segura de que tenían planeado hacer alguna maldad ese día. Llevaba mi traje de luchadora en mi mochila, por si era necesario utilizarlo.

Por precaución los tenía bien ubicados: Vanesita y el Jefe estaban encargados de la disco. El Apestoso atendía el puesto de las aguas frescas, obviamente no tenía clientes. El Dientes y el Panzón se encargaban de la cárcel. Al parecer no estaban causando ningún problema.

Por un rato me relajé, hasta que me di cuenta de que ninguno de los Zopilotes estaba en su puesto, habían desaparecido dejando a otros compañeros en su lugar. Escuché el rumor de que una pandillita de niños disfrazados había robado el banco y les estaban arruinando la fiesta a los demás. Habían puesto polvos pica pica en los baños, entraron a la cárcel y a la disco a patear y golpear a los que estaban ahí, también se habían dedicado a estrellarles



huevos con confeti en la cabeza a los niños más pequeños.

Como siempre, se estaban saliendo con la suya sin que los maestros se dieran cuenta. En esta ocasión se cubrían con sus disfraces y se aprovechaban de que había mucha gente. Pero yo sabía perfectamente bien quiénes eran, a mí no me podían engañar. Por fin había llegado el momento de que Viento Estelar apareciera. Rápidamente entré en un salón vacío para ponerme mi traje de luchadora, después me dediqué a buscarlos entre el gentío. Estaban escondidos en el patio trasero, detrás del macetón, donde no había nadie. De inmediato los reconocí, iban disfrazados de Zopilotes.



¡Catapumba!

Los Zopilotes iban vestidos de negro, llevaban una especie de capa con plumas y un antifaz con pico que casi les cubría toda la cara. Desde lejos pude ver que se habían quitado los antifaces y se estaban repartiendo el dinero que habían robado del banco. En ese momento apareció en el patio un niño de primer grado. En cuanto lo vieron, los Zopilotes corrieron a atraparlo. El pobre intentó escapar, pero ellos no lo dejaron.

—Miren lo que tenemos aquí —dijo el Jefe—, un soplón.

—Les juro que no voy a decir nada, por favor, déjenme ir —suplicó el pobre niño.

Entonces les grité:

—Deténganse, no voy a permitir que lastimen a ese niño, suéltelo o se arrepentirán.

Los Zopilotes voltearon a verme y se rieron de mí.

—¡Uy, qué miedo!, una luchadora, tiemblan mis calzoncillos —dijo el Jefe en tono burlón.

Luego me dio la espalda y comenzó a golpearlo.

Tenía que hacer algo. No había opción, no podía razonar con ellos. Así que salté sobre el Jefe. Éste cayó al piso y soltó al niño, quien huyó tan rápido como pudo.

—Ahora sí, tonta, vas a ver de lo que somos capaces —me gritó Vanesita enfurecida.

Los cinco me rodearon y la pelea comenzó. El Dientes se me aventó y trató de darme un golpe, pero casi sin moverme lo esquivé y, ¡pum!, le di un derechazo. Vanesita me sorprendió por atrás brincándose a los hombros, trataba de jalarme el cabello, sin embargo, la proyecté y, ¡zas!, salí volando. El Jefe me empujó tratando de tirarme al suelo, pero le hice una llave, lo tiré al piso y, ¡pácatelas!, le apliqué unas tijeras al cuello. El Panzón me jalaba para que los soltara, no obstante, también lo derribé, ¡tómala! El Dientes me atacó nuevamente, lo tomé del brazo y, ¡mocos!, lo estrellé contra el Panzón, ¡paf!

De reojo pude ver que se habían acercado varios niños a presenciar la pelea. Al parecer el niño de primero les avisó lo que estaba pasando. Al principio ninguno decía nada, pero luego comenzaron a apoyarme





gritando cosas como “tú puedes”, “vamos”, “defiéndete”.

Vanesita, que estaba furiosa, se me vino encima con todo, trataba de mordirme, arañarme, picarme los ojos, pellizcarme, pero con una patada voladora cayó al piso, ¡moles! Estaban ya todos rendidos, excepto el Jefe que se levantó y me atacó con todas sus fuerzas, sin embargo, con un salto mortal espectacular, ¡catapumba!, logré vencerlo. Entonces les dije de manera un poco teatral:

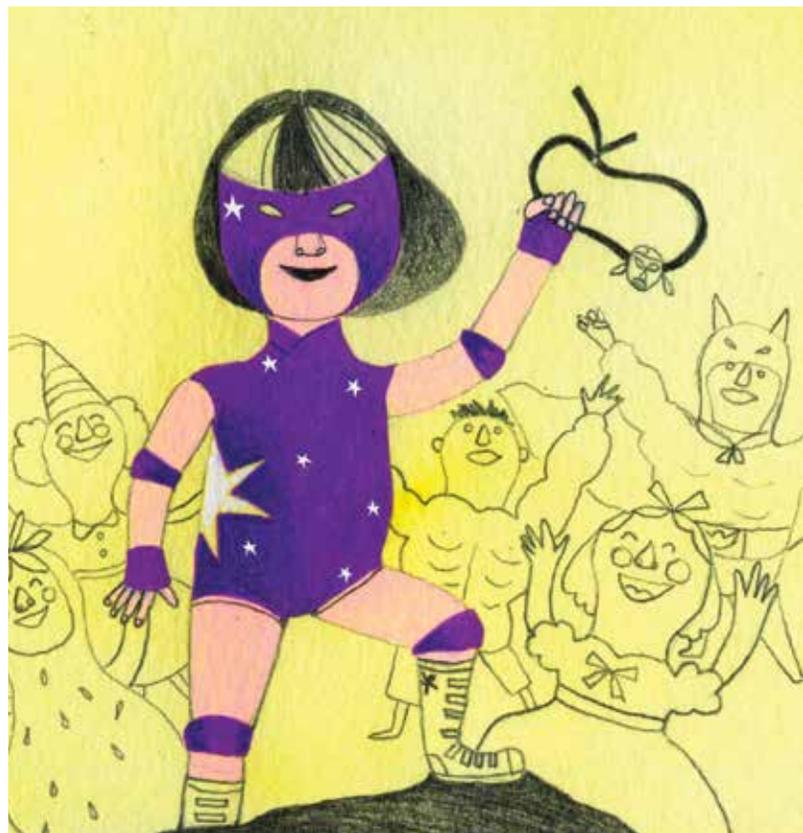
—Soy Viento Estelar y he venido a ponerles un alto. Zopilotes, no quiero lastimarlos, pero ya saben de lo que soy capaz; si vuelven a molestar a alguien, les va a ir peor. No lo olviden, estaré vigilándolos. ¡Ah! Y eso no te pertenece —le grité al Jefe mientras le arrancaba mi dije del cuello—, yo me encargaré de regresárselo a su dueña.

Todos los niños que observaban la pelea gritaban y aplaudían emocionados. Aprovechando el alboroto desaparecí rápidamente y me fui a cambiar. Debía mantener mi identidad en secreto.

Pronto se esparció el rumor en la escuela de que una misteriosa luchadora,

llamada Viento Estelar, les había dado una lección a los Zopilotes y había salvado a un niño.

Los Zopilotes, al día siguiente, llegaron a clases un poco mallugados y no se atrevieron a molestar a nadie nunca más. Muchos niños se acercaban a mí para preguntarme si efectivamente Viento Estelar me había devuelto el dije y si yo sabía quién era aquella niña. Yo me limité a decirles que el dije apareció en mi pupitre. Aquel misterio dió pie a que hiciera algunos amigos y estaba muy contenta.



Todos los días seguía entrenado, por las tardes, con doña Ñaña. Las vacaciones de verano estaban por comenzar y mis papás me habían prometido que me llevarían a visitar a Lalo. Estaba feliz de poder verlo de nuevo.



Caldito de hígado para llevar

Lo que más me preocupaba de irme de vacaciones era no poder entrenar con doña Ñaña y dejar de tomar el caldito mágico de hígado, el cual era la fuente de mis superpoderes. Así que unos días antes le pregunté:

—Doña Ñaña, ahora que me voy de viaje, ¿no cree usted que debo llevarme un tupper con caldo?

—¡Ay, chamacona!, ¿tanto te gusta mi caldito?

—Bueno, sí, me gusta mucho, además creo que si dejo de tomarlo tal vez pueda perder mis superpoderes.

—¿Cuáles superpoderes? —me contestó doña Ñaña sorprendida.

—Pues mis poderes mágicos, usted ya sabe...

—¡Uy, chamacona!, andas medio confundida, mi caldo es muy bueno, sin duda es sabroso y nutritivo, seguro te dio algo de fuerza, pero no es mágico. Nunca has tenido superpoderes, criatura, no sé de dónde sacas esas cosas.

—No puede ser, usted dijo que era un caldo “especial”.

—Pues eso sí es cierto, chamacona, es muy especial, lo hago con amor y muchos hígados —me dijo riéndose doña Ñaña.

—Si no tengo superpoderes, entonces, ese día que desperté sintiéndome muy rara, ¿cómo rompí la llave del lavabo del baño?, ¿cómo arranqué la perilla de la puerta?, ¿cómo hice esos enormes agujeros en la escalera?

—¡Ay, mi niña!, pues no sé, ¿qué no estaban remodelando tu casa en aquella época? Recuerdo que en alguna ocasión me contaste que estaba en tan mal estado que hasta parecía la mansión del horror. A mí se me hace que todos esos destrozos no fueron culpa tuya.

—Y, entonces, ¿cómo hice todas esas cosas en los entrenamientos?, ¿cómo pude vencer a los Zopilotes?, ¿de dónde salió toda esa fuerza?

—Pues de ti misma, de tu coraje. Y mira lo lejos que has llegado con el sudor de tu frente. No tendrás superpoderes, pero ahora confías en ti, y eso es más que suficiente.

—Pero ¿y si los Zopilotes vuelven a atacar? —le pregunté angustiada.

—No creo que se atrevan, pero si es así, estoy segura de que sabrás cómo defenderte. Y ahora, chamacona, ayúdame en la cocina, que no tarda en llegar la clientela y voy atrasada con los caldos.

Mientras intentaba no llorar picando cebollas, me puse a pensar en todas las cosas por las que había tenido que pasar en estos meses y todo lo que había logrado. A pesar de todos los obstáculos, cumplí mi sueño de convertirme en luchadora. Aunque ahora sabía que no tenía poderes mágicos, me seguía sintiendo como una heroína. Algo me decía que Viento Estelar todavía tenía muchas aventuras por vivir.



Índice

Mudanza	8
Los Zopilotes	16
Una desagradable sorpresa	20
El campamento del terror	22
Una retirada a tiempo	27
¿Qué me está pasando?	33
Un plan perfecto	38
Todos tienen su cebollita para llorar	42
Machincuepas	46
El regalo	51
Máscara contra cabellera	52
La hora de la verdad	56
Para muestra, un botón	58
La kermés	61
¡Catapumba!	64
Caldito de hígado para llevar	68

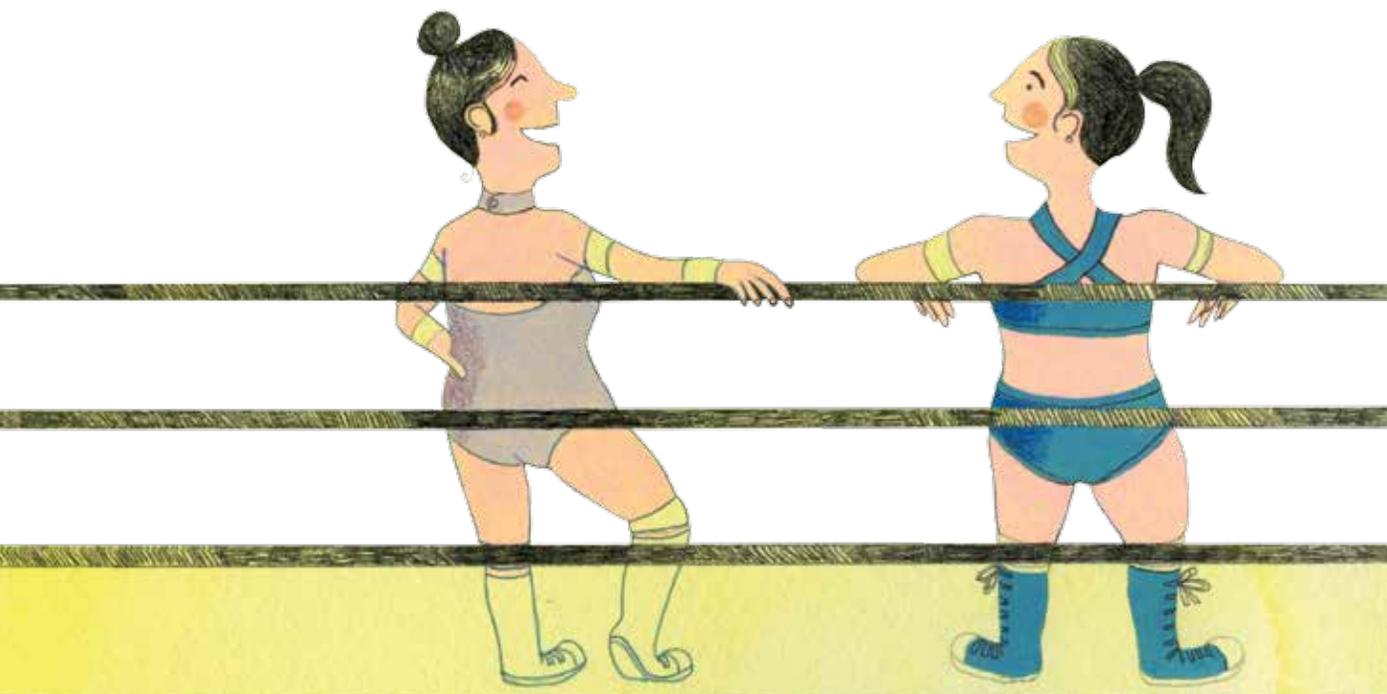


Ana Cristina Ortega Gutiérrez

Es una actriz egresada de la Escuela Nacional de Arte Teatral del INBA. Desde hace más de veinte años, se dedica a hacer teatro infantil y a promover la lectura como cuentacuentos. Adora leer y contar las más divertidas y bellas historias. También le gusta mucho escribir, practicar yoga, viajar, bailar, cantar, comer helados y hacer largos paseos con su perro Edelberto, mejor conocido como Mordelón. Es hija única y sus papás son fantásticos. Está enamorada de un músico muy guapo y simpático con el que vive en un edificio bastante alto. *Viento Estelar* es su primer libro.

Rocío Solís Cuevas

Estudió la maestría en diseño editorial del Centro de Estudios Gestalt y el diplomado en ilustración de la Academia de San Carlos; su trabajo ha sido seleccionado en el Cuarto Catálogo Iberoamericano de Ilustración (2013). Ha diseñado e ilustrado publicaciones para el Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, la Secretaría de Educación Pública, el Instituto Electoral del Estado de México, Amaquemecan y Editorial Aguilar. Su trabajo puede ser consultado en <rociosolis.wordpress.com>.



★ VIENTO ★ ESTELAR

Viento Estelar, de Ana Cristina Ortega Gutiérrez, se terminó de imprimir en septiembre de 2021, en los talleres gráficos de Jano, S. A. de C. V., ubicados en Ernesto Monroy Cárdenas núm. 109, manzana 2, lote 7, colonia Parque Industrial Exportec II, C. P. 50223, en Toluca, Estado de México. El tiraje consta de quinientos ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica Sassoon Infant, de Rosemary Sassoon, de la fundidora Monotype Corp. y Lucha Libre, de Quique Ollervides Uribe. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortiz y Rocío Solís Cuevas. Formación, portada y supervisión en imprenta: Rocío Solís Cuevas. Cuidado de la edición: César Alan Malvárez Hernández, Eva Gabriela Gómez Velásquez y la autora. Editor responsable:

Félix Suárez.